Hugo Estrada

Lectura fácil del Apocalipsis


SAN PABLO

© SAN PABLO 1998
Carrera 46 No. 22A-90
FAX: 2684288 - 2444383
E-mail: *08997@inter.net.co*

Distribución: Departamento de **Ventas**
Calle 18 No. 69-67
Tels.: 4113976 - 4114011
FAX: 4114000 - A.A. 080152

SANTAFE DE BOGOTA, D.C.

El Apocalipsis, un libro arrinconado

Son muchos los que le tienen "miedo" al Apocalipsis. Y, tal vez, les asista la razón, porque, frecuentemente, han oído hablar de él como de un libro de terror, poblado de dificultades, al que sólo pueden tener acceso los especialistas en la Biblia. El Apocalipsis es uno de los libros que menos se comenta en nuestra Iglesia ante el pueblo; por eso mismo, el pueblo tiene ideas muy vagas y hasta fantasiosas acerca de este libro con el que se cierra la Biblia.

Cuando Jesús proporcionó las revelaciones del Apocalipsis a san Juan, su intención era que todos conocieran este libro. Por eso, expresamente, le ordenó a Juan que "no lo sellara" (Ap 22, 10), es decir, que lo difundiera ampliamente. Jesús quería que todos los cristianos se empaparan del mensaje del Apocalipsis, un libro de consolación y de esperanza. En esa época, la Iglesia era perseguida con saña por los emperadores romanos, que no aceptaban que los cristianos no se doblegaran ante ellos para adorarlos como si fueran dioses. Las fuerzas diabólicas, encarnadas en los perseguidores romanos, parecían triunfar; muchos cristianos se encontraban

desalentados, pues, la anunciada "segunda venida de Jesús", nunca llegaba. Además, temían que la Iglesia desapareciera de un momento a otro. A todo esto se añadían las primeras herejías que comenzaban a introducirse en la Iglesia por medio de los falsos profetas. Es en este momento crítico, cuando Jesús, en visiones, le entrega a san Juan las revelaciones del Apocalipsis, que son un mensaje de aliento y de esperanza.

La teología del Apocalipsis podría resumirse de la manera siguiente: por encima de todo, de las fuerzas maléficas, que pretenden destruir el Reino de Dios, está el plan de Dios que se cumplirá al pie de la letra. Dios va empujando la historia del mundo para que todo culmine en un "cielo nuevo y una tierra nueva". Privarse de vivir según este mensaje del Apocalipsis es exponerse al "pesimismo", que lleva a ser vencidos por las fuerzas demoníacas que cobran fuerza, sobre todo, en determinadas épocas de la historia.

El mensaje de esperanza del Apocalipsis está presentado "en clave". San Juan tenía que hablarles a las comunidades cristianas de tal manera que sólo ellos comprendieran y que los perseguidores —el imperio romano— no lograran penetrar en estas revelaciones, que eran del todo contrarias a la mentalidad pagana. San Juan empleó un lenguaje, cargado de símbolos, de figuras, de visiones, de alegorías, de números misteriosos. Los cristianos del primer siglo, acostumbrados al lenguaje similar de los profetas, sobre todo, de Daniel, Ezequiel e Isaías, captaban lo que san Juan les quería compartir acerca de sus visiones.

Este lenguaje simbólico y figurado es el que presenta un gran obstáculo para que las comunidades actuales puedan comprender lo que fue revelado en el Apocalipsis. Mi

intención, al escribir este libro sobre el Apocalipsis, es acompañar a los del pueblo sencillo para que puedan ingresar en este fascinante libro y no se pierdan en una selva de símbolos y metáforas, sino que puedan ir gozando de las revelaciones preciosas de Jesús, conforme vayan logrando descifrar el lenguaje "en clave", que san Juan empleó para evangelizar a los cristianos del primer siglo de la Iglesia.

En mi libro, con el fin de ser un guía para el cristiano deseoso de conocer y gozar del Apocalipsis, he eliminado todo aparato crítico, las disquisiciones de los grandes comentaristas de la Biblia. De todos ellos, he tomado lo que pudiera servir para que el pueblo, hambriento de la Palabra de Dios, pueda comprender, más fácilmente, el mensaje que Jesús resucitado envió a su Iglesia, representada, en aquella época, por las siete Iglesias de Asia menor.

Jesús resucitado quiso que las comunidades cristianas, en medio de sus peripecias, avanzaran fortalecidas con el mensaje esperanzador de estas revelaciones. Por eso, no debemos continuar "arrinconando" el Apocalipsis, sobre todo, en momentos tan cruciales como los que nos toca vivir.

El libro del Apocalipsis promete bendiciones muy grandes para la persona que "lea y guarde" las palabras de esta revelación (Ap 1, 3). Si logro, en alguna forma, acompañar a alguno para que pueda internarse en el corazón del Apocalipsis y recibir las bendiciones, que se prometen al que "lea y guarde" este mensaje, me daré por muy satisfecho y bendeciré a Dios de todo corazón.

P. Hugo Estrada, sdb.

1. La revelación

San Juan, al iniciar su libro, quiere, en primer lugar, exponer de dónde ha tomado el mensaje que está por enviar a las Iglesias de Asia. Juan está plenamente seguro, de que por medio de Jesús, Dios le ha entregado un *Apocalipsis*, que, en griego, significa "revelación" de algo que estaba oculto. Juan escribe en griego, precisamente, y comienza su libro afirmando:

Ap 1, 1-3:

Revelación de Jesús

> "Esta es la revelación que Dios ha entregado a Jesucristo, para que muestre a sus siervos lo que tiene que suceder pronto. Dio la señal enviando a su ángel a su siervo Juan. Este, narrando lo que ha visto, se hace testigo de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de esta profecía y tienen presente lo que en ella está escrito, porque el Momento está cerca".

Juan tiene la certeza de que Dios le ha entregado este Apocalipsis, esta "revelación", para que los cristianos estén enterados, con anticipación, de lo que va a suceder **pronto.** Muchas de las cosas reveladas en el Apocalipsis, se cumplieron "pronto", en la época de Juan. Muchas otras cosas, todavía están por cumplirse al final de los tiempos, ya que el libro del Apocalipsis, hace hincapié en muchos acontecimientos que se verificarán cuando el mundo llegue a su fin.

En todo el libro del Apocalipsis, hay que tener muy en cuenta que cuando se habla de que algo se va a cumplir "pronto", no se está dando una fecha exacta. Lo que se quiere poner de relieve es que Dios garantiza que se cumplirá con toda precisión.

Al iniciar el Apocalipsis, se promete una "bienaventuranza" para el que lea y ponga en práctica este mensaje. Aquí, se hace referencia al lector, que, en la asamblea, tomaba el libro en forma de rollo, y lo leía para todos. En ese tiempo no había facilidad de tener copias de la Escritura, que, por lo general, se leía sólo en la comunidad. Aquí se promete una "bienaventuranza" —una bendición especial de Dios, que engendra felicidad— para los que escuchan y "guardan" la Palabra de Dios. Esto concuerda con lo que ya antes había dicho Jesús: "*Bienaventurado el que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica*" (Lc 11, 28).

San Juan asegura que "el momento está cerca". Nuevamente hacemos notar que muchas de las cosas reveladas en este libro, ya tuvieron cumplimiento en tiempos del mismo san Juan.

Después de esta breve introducción aclaratoria, Juan inicia la redacción del mensaje que le fue revelado. Se dirige a las **siete** Iglesias que existían en Asia menor, en aquel tiempo, lo que ahora es la actual Turquía. El número siete, en el Apocalipsis, simboliza perfección, totalidad. De aquí que este mensaje a "siete Iglesias" va dirigido también a todas las Iglesias del mundo. Juan, inspirado por el Espíritu Santo, dice:

Ap 1, 4-6:

Mensaje de las siete Iglesias

> "Juan, a las siete Iglesias de Asia. Gracia y paz a ustedes de parte del que es y era y va a venir, de parte de los siete espíritus que están ante su trono y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Aquel que nos amó, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén".

Juan afirma que escribe de parte "del que es y era y va a venir". Se refiere a la "eternidad" de Jesús como Dios: no ha tenido principio ni tendrá fin. También dice que está inspirado por los "siete espíritus". Hace alusión al Espíritu Santo. El profeta Isaías (11, 2) presenta al Espíritu Santo como el que se manifiesta a través de siete dones. Por eso san Juan habla de siete espíritus, la plenitud del Espíritu Santo.

Al referirse a Jesús, Juan amontona apelativos; lo llama "Testigo fiel", es decir, el que no falla nunca. Lo nombra como "Primogénito de los muertos"; también san Pablo, en su Carta a los colosenses, se refiere a Jesús como "Primogénito de los que han muerto" (Col 1, 18). Jesús es el que va adelante de los que mueren, abriendo el camino hacia la resurrección. Juan también presenta a Jesús como "el Príncipe de los reyes de la tierra", porque su poder no se iguala con el de ningún otro rey.

San Juan recuerda que por la sangre de Jesús hemos sido librados de nuestros pecados y convertidos en un "reino de sacerdotes". Todo cristiano, desde el día del bautismo, ha sido convertido en un "sacerdote" que ofrece a Dios su vida, sus oraciones, sus obras. En nuestra Iglesia hablamos del "sacerdocio ministerial": el de los sacerdotes ordenados para el servicio de la comunidad, y del "sacerdocio común", de todos los bautizados. Juan habla de este "reino de sacerdotes" al que pertenecemos todos los cristianos.

Luego Juan, hace referencia a la segunda venida de Jesús. Dice:

Ap 1, 7-8:

Alfa y Omega

> "Miren: El viene en las nubes. Todo ojo lo verá: también los que lo atravesaron. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán por su causa. Sí. Amén. Dice el Señor Dios. Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que va a venir, el Todopoderoso".

San Juan presenta a Jesús, que en su segunda venida, llega entre nubes, gloriosamente. Esto nos hace recordar que cuando los Apóstoles, en la ascensión, se quedaron con los ojos fijos en el cielo, viendo a Jesús que se alejaba, un ángel se les apareció y les dijo que Jesús, un día, volvería, así como lo habían visto ascender.

Lo determinante de este momento, es que "los que atravesaron" a Jesús en la cruz, ahora, se darán cuenta de su terrible equivocación, de su pecado. Lo consideraron un blasfemo, y resulta que, ahora, regresa para juzgar a todos los pueblos. Pero hay algo más: todos los que en su vida hayan crucificado a Jesús y no se hayan arrepentido, temblarán al caer en la cuenta del terrible fracaso de su vida.

Luego se escucha la autopresentación de Dios que afirma ser el Alfa y la Omega. Alfa es la primera letra del alfabeto griego; Omega es la última. El Nuevo Testamento se escribió en griego, que era la lengua de la comunicación entre los varios pueblos en tiempo de san Juan. Cuando Dios se autopresenta como Alfa y Omega está afirmando que es el principio y fin de todo. El mismo Dios se define como el que "es, el que era y el que va a venir". De esta manera se refiere a su "eternidad", es decir, que no ha tenido principio ni tendrá fin. El Todopoderoso.

Juan comienza, ahora, a compartir con los cristianos de las varias Iglesias las circunstancias en que se encontraba cuando recibió la revelación de Dios.

Ap 1, 9-11:

Un domingo

> "Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en la tribulación, en el reino y en la constancia en Jesús, estaba desterrado en la isla de Patmos, por haber predicado la Palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús. Un domingo caí en éxtasis y oí a mis espaldas una voz potente, como una trompeta, que decía: 'Lo que veas escríbelo en un libro y envíaselo a las siete Iglesias: Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea'".

Juan se presenta a los cristianos como un "hermano y compañero en la tribulación". Juan, en esa época, estaba sufriendo el impacto de la persecución, por la que estaba pasando la Iglesia bajo el imperio romano, en tiempos del emperador Domiciano. A Juan lo había exiliado a la isla de Patmos. Un dato importante es el de que san Juan recibe la revelación un día **domingo,** seguramente, mientras se encontraba en alguna liturgia con algún grupo de cristianos, que también sufrían el destierro en la misma isla de Patmos. Este dato viene a esclarecer que los cristianos, hacia fines del primer siglo, ya celebraban, litúrgicamente, el primer día de la semana, el domingo, que significa: día del Señor.

Juan indica que una voz potente le ordena escribir todo lo que se le está manifestando en el éxtasis —visión—, que se le concede. Ahora, Juan comienza a detallar lo que vio en su éxtasis:

Ap 1, 12-16:

Entre siete candelabros

> "Me volví a ver quién me hablaba, y, al volverme, vi siete candelabros de oro, y en medio de ellos como a un Hijo de hombre, vestido de larga túnica con un cinturón de oro a la altura del pecho. El pelo de su cabeza era blanco como lana, como nieve; sus ojos llameaban, sus pies parecían bronce incandescente en la fragua, y era su voz como el estruendo del océano.
>
> Con la mano derecha sostenía siete estrellas, de su boca salía una espada aguda de doble filo y su semblante resplandecía como el sol en plena fuerza".

En su visión, Juan ve "como a un Hijo de hombre". Esta expresión nos recuerda a Jesús. El Señor se llamaba a sí mismo "Hijo del hombre", expresión que había empleado el profeta Daniel para hablar del futuro Mesías (Dn 7, 13). Juan, toma la misma expresión, que Jesús usaba para presentarse como Mesías, y describe al Señor paseándose en medio de siete candelabros de oro. Más adelante, se le dirá al mismo vidente que los siete candelabros de oro simbolizaban las siete Iglesias de Asia, y que las siete estrellas, que Jesús tiene en su mano derecha, son los ángeles de cada una de las Iglesias. Estos ángeles representan a los dirigentes de cada Iglesia.

En su visión, Juan ve a Jesús con las vestiduras propias del sumo sacerdote. Sólo el sumo sacerdote de Jerusalén llevaba la túnica blanca y un cinturón de oro a la altura del pecho. La figura de Jesús, que se pasea en medio de sus Iglesias, corresponde a la promesa del

Señor antes de ascender al cielo: "*Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*" (Mt 28, 20). Jesús continúa como un sumo sacerdote en medio de sus fieles. Se pasea en medio de los cristianos reunidos en comunidad.

Son también muy indicativos los rasgos con que Juan describe a Jesús sacerdote. Lo ve con pelo blanco, signo de antigüedad: eternidad. Los ojos de Jesús son de fuego: todo lo ve, todo lo observa. Sus pies son de bronce: es inamovible, siempre permanece fiel a sus promesas. Su voz es como el estruendo de las olas. Juan se encuentra prisionero frente al mar. Continuamente escucha el rugir de las olas. Para describir el tono de voz de Jesús lo compara con el estruendo del mar. La voz de Jesús se continúa escuchando poderosamente a través de los siglos. En su mano derecha, Jesús tiene siete estrellas: cuida de manera especial de los pastores de cada Iglesia, son sus representantes ante la comunidad. De la boca de Jesús sale una espada de doble filo. Este dato nos conecta con la Carta a los hebreos (4, 12), en donde se afirma que la Palabra de Dios es como espada de doble filo que se introduce hasta lo más profundo del alma humana. Jesús se pasea en medio de sus Iglesias y continúa hablándoles por medio de su Palabra en la Biblia. La liturgia de la Palabra es el momento clave en que Jesús habla de manera especial a la comunidad.

Todos los apelativos, con los que se ha presentado a Jesús en esta primera parte de la visión, es necesario tenerlos muy presentes, ya que se irán repitiendo cuando Jesús resucitado se dirija a cada una de las Iglesias de Asia menor.

A continuación, san Juan detalla qué fue lo que le sucedió ante esa visión misteriosa:

Ap 1, 17-21:

¡No temas!

> "Al verlo, caí a sus pies como muerto. El puso la mano derecha sobre mí y dijo: 'No temas, yo soy el Primero y el Ultimo, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades. Escribe, pues, lo que veas, lo que está sucediendo y lo que ha de suceder más tarde. Este es el simbolismo de las siete estrellas que viste en mi diestra y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas significan los ángeles de las siete Iglesias; los siete candelabros, las siete Iglesias".

Ante la magnífica visión, Juan cae desmayado; al punto experimenta la mano de Jesús que lo toca, y le dice que no debe tener miedo. Ahora, Jesús mismo se presenta, como el Primero y el Ultimo, el Principio y Fin de todo. Como el que murió, pero ya resucitó. Jesús le ordena a Juan escribir detalladamente todo lo que ha visto en su éxtasis. Le anticipa que muchas de las cosas que se le presentan están sucediendo ya. Otras, acaecerán en el futuro.

Esta es una de las presentaciones más bellas de Jesús resucitado. Jesús como Sumo Sacerdote continúa presente en medio de la Iglesia: ve todo lo que le sucede con sus ojos de fuego. Guarda en su mano derecha a los

pastores de la Iglesia. Jesús con su Palabra sigue presente en la asamblea y no deja de hablarle, de manera especial el domingo, durante la liturgia. La voz de Jesús continúa siendo como el estruendo de las olas. Es poderosa y como espada de doble filo se introduce hasta lo más profundo del corazón.

Es muy importante recordar todas estas figuras, por medio de las cuales se ha presentado Jesús, porque, cuando el vidente les escriba a las Iglesias de Asia, en cada carta, empleará alguna de las mencionadas imágenes.

2. Las siete cartas (I)

Jesús resucitado le ordena a san Juan que escriba a cada una de las siete Iglesias del Asia menor. Según algunos comentaristas, el número siete, que indica plenitud, puede interpretarse como la totalidad de las Iglesias, la Iglesia universal. Estas siete cartas, forman un todo, como una única "carta pastoral", que Jesús envía a los cristianos de las varias Iglesias. En ellas Jesús somete a cada Iglesia a una revisión de vida. Primero alaba sus virtudes, luego, les señala sus errores, les indica un camino de conversión, y concluye haciéndoles alguna promesa.

Estas siete cartas son una bella reflexión para cada comunidad cristiana de la actualidad. Los temas que se enfocan son los temas esenciales del cristianismo, de toda Iglesia.

Ap 2, 1-7:

Carta a la Iglesia de Efeso

"Al ángel de la Iglesia de Efeso escribe así: Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y anda entre los siete candelabros de oro. Conozco tus obras, tu

fatiga y tu perseverancia; sé que no puedes soportar a los malvados, que pusiste a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo y descubriste que eran unos embusteros. Eres tenaz, has sufrido por mí y no te has rendido a la fatiga; pero tengo en contra tuya que has abandonado el amor primero. Recuerda de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a proceder como antes; si no, como no te arrepientas, vendré a quitar tu candelabro de su sitio. Es verdad que tienes una cosa a tu favor: aborreces las prácticas de los nicolaítas que yo también aborrezco.

Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias: al que salga vencedor le concederé comer del árbol de la vida que está en el jardín de Dios".

Efeso era un puerto muy importante de Asia menor. Era el centro del culto a la diosa Artemisa, también llamada Diana. De todas partes del mundo acudían a Efeso para conseguir "amuletos", para tener "buena suerte" y para obtener salud y éxito en los negocios y en el amor. A pesar de esta carga de paganismo supersticioso, Pablo fundó en Efeso comunidades muy comprometidas. Allí también san Juan pasó sus últimos días. En Efeso se venera la tumba de san Juan.

Jesús resucitado alaba a los de Efeso por su tenacidad en conservarse en la línea del Evangelio, a pesar del paganismo circundante. También los elogia porque han sabido quitarles la careta a los falsos profetas, que con piel de ovejas, se han querido introducir en medio del rebaño para desorientarlo.

Pero Jesús, les echa en cara a los de Efeso algo muy peligroso: **han perdido su amor primero.** Ya no tienen

el mismo fervor que cuando iniciaron su camino de conversión. Han sido exigentes en cuanto a la ortodoxia, pero entre ellos ya no brilla el amor, la caridad. Y ésta es una nota muy común en muchas Iglesias. Son activas, diligentes en no apartarse de la sana enseñanza, pero les falta algo esencial: el amor.

Jesús le propone a los de Efeso un camino de conversión. Primero, les indica que deben recordar de dónde han caído. El hijo pródigo de la parábola de Jesús, lo primero que hizo en el inicio de su conversión, fue hacer una revisión de su vida. Comparó las bondades de la casa de su padre con la miseria en la que se encontraba. Pero no se quedó allí. Se propuso, inmediatamente, volver a la casa de su padre. Ese es el camino que Jesús les muestra a los de Efeso: volver a Dios, a la casa del Padre. Jesús también les hace ver que si, de veras, hay conversión en ellos, debe evidenciarse por medio del cambio de su actuación. Deben volver a ser como antes. Como cuando iban por el camino del Evangelio.

Jesús, además, les advierte que si no se convierten, tendrá que quitar su candelabro de su sitio. Efeso es como un candelabro que ha sido escogido para brillar en medio de la oscuridad. De no haber una sincera conversión, ese privilegio se le dará a otra comunidad. Como Esaú, puede perder la bendición que pasará a su hermano Jacob.

También a los de Efeso se les alaba porque han combatido a los "nicolaítas". Nicolás, en la historia de la Iglesia, es recordado como uno de los siete diáconos que fueron elegidos para servir a la comunidad primitiva.

Para esa elección, se buscó que los candidatos estuvieran "llenos del Espíritu Santo". Nicolás se echó a perder; fundó la secta llamada de los "nicolaítas", que buscaban ser cristianos, pero, al mismo tiempo, contemporizar con las silenciosas costumbres de los paganos. No le daban importancia a las comidas de los paganos que habían sido ofrecidas a los ídolos, y participaban en esos banquetes idolátricos. Los "nicolaítas" no han dejado de existir en la Iglesia. Muchos creen que se puede ser seguidor de Jesús, y, al mismo tiempo, vivir según los criterios paganos del mundo. Jesús nos previno contra este error: nos dijo que no se podía servir al mismo tiempo a dos señores.

Al concluir cada una de las cartas, se repite el estribillo: "Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias". Quiere decir que el mensaje de Jesús resucitado es transmitido a Juan por medio del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el portador de todo mensaje inspirado por Dios. Para poder captar el mensaje de Dios, debemos estar llenos del Espíritu Santo, de otra suerte, no logramos percibir la voz de Dios.

Jesús promete que los que salgan vencedores tendrán parte en el "árbol de la vida". Al final del Apocalipsis, se habla del árbol de la vida, que está en la nueva Jerusalén (Ap 22, 2). En el Génesis, se les prohibía a los seres humanos comer del árbol de la vida. En ese momento, era símbolo del pecado, de la desobediencia. Ahora, en cambio, el "árbol de la vida", que está en la nueva Jerusalén, es el símbolo de la bienaventuranza, de la vida eterna que Dios dará a los siervos fieles.

En nuestro camino de conversión, continuamente debemos estarnos preguntando si no hemos perdido nuestro "amor primero". Si no nos hemos mecanizado. Si, de veras, hacemos todo "en Espíritu y en verdad".

Ap 2, 8-11:

Carta a la Iglesia de Esmirna

> "Al ángel de la Iglesia de Esmirna escribe así: Esto dice el que es el Primero y el Ultimo, el que estuvo muerto y volvió a la vida. Conozco tus apuros y tu pobreza, y, sin embargo, eres rico; conozco también cómo te calumnian esos que se llaman judíos y no son más que sinagoga de Satanás. No temas nada de lo que vas a sufrir, porque el Diablo va a meter a algunos de ustedes en la cárcel para ponerlos a prueba; tus apuros durarán diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias: el que salga vencedor no será víctima de la muerte segunda".

Los de Esmirna son elogiados por su constancia en ser fieles, a pesar de su pobreza. Muchos de los cristianos de Esmirna, por seguir a Jesús, eran marginados socialmente; a muchos les saqueaban sus casas. De allí su pobreza. Pero, a pesar de todo eso, Jesús les dice que para El son "ricos". Ciertamente la tribulación los ha purificado; han sido acrisolados en el dolor. Por eso Jesús los encuentra ricos espiritualmente.

La persecución les llegaba a los cristianos de Esmirna, de manera especial, de los judíos que los veían como rivales en la religión. De aquí su ira hacia los

cristianos de Esmirna. Era tanto el odio de los judíos hacia los cristianos, que Jesús llega a llamar "sinagoga de Satanás" al lugar en donde se reunían los judíos para leer la Biblia y cantar Salmos. Parece una contradicción: un lugar de oración y de meditación de la Biblia llamado "sinagoga de Satanás". Donde hay odio, no puede estar Dios. Dios es amor. Donde hay rencillas, rivalidades, puede haber ritos religiosos, pero allí no está Dios. Está Satanás. Reina el padre de la mentira.

El Señor les anticipa que a muchos los meterán en la cárcel durante "diez días". En lenguaje antiguo, eso significaba "por poco tiempo". Jesús también les garantiza que si perseveran, les dará la "corona de la vida". San Pablo habla de la "corona de la vida" que él espera, al concluir su fatigoso caminar por este mundo (2Tm 4, 8). Esa corona es símbolo del premio que el Señor tiene reservado a los que son fieles. En la antigüedad, a los vencedores en las competencias atléticas se les ponía una corona de laurel. El Apocalipsis emplea la imagen de la corona para hablar del premio que Dios promete a los que permanecen fieles al Evangelio. También les garantiza que no padecerán "la muerte segunda". Al final del Apocalipsis, se volverá a hablar de la muerte segunda (Ap 20, 14). Con esta expresión se designa la muerte eterna, la condenación. La primera muerte para todos es la muerte natural al fin de la propia existencia. "La muerte segunda", en lenguaje del Apocalipsis, es la condenación eterna. La muerte eterna.

Algo impresionante de la Iglesia de Esmirna: son pobres, pero Jesús les dice que los considera muy ricos espiritualmente. La tribulación y el sufrimiento son

eminentemente purificadores. Toda Iglesia antes de ser santa, tiene que pasar por el crisol del sufrimiento. Antes de que Jesús nos pueda llamar "ricos" espiritualmente, tenemos que ser purificados en el fuego del sufrimiento.

Ap 2, 12-17:

Carta a la Iglesia de Pérgamo

> "Al ángel de la Iglesia de Pérgamo escribe así: Esto dice el que tiene la espada aguda de dos filos. Sé dónde habitas: donde Satanás tiene su trono. A pesar de esto, te mantienes conmigo, y no renegaste de mi fe ni siquiera cuando a Antipas, mi testigo fiel, lo mataron en la ciudad de ustedes, morada de Satanás. Tengo sin embargo, algo en contra tuya: tienes ahí algunos que profesan la doctrina de Balam, el que enseñó a Balac a tentar a los israelitas incitándolos a participar en banquetes idolátricos y a fornicar. Además otra cosa: también tú tienes algunos que profesan la doctrina de los nicolaítas. A ver si te arrepientes, que si no iré enseguida y los combatiré con la espada de mi boca. Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias: al que salga vencedor le daré maná escondido y le daré también una piedrecita blanca; la piedrecita lleva escrito un nombre nuevo que sólo sabe el que lo recibe".

Pérgamo era un centro cultural de primer orden. También era el centro de culto del dios Esculapio, que obraba milagros en favor de los enfermos. A Esculapio se le daba el nombre de "salvador". Esto les chocaba a los cristianos. Con razón Jesús resucitado llama a Pérgamo el lugar donde "Satanás tiene su trono" también lo llama

"morada de Satanás". A pesar del paganismo circundante Pérgamo es alabado por conservar su fidelidad cristiana. Se hace mención del mártir Antipas. La Biblia nada nos dice de este personaje. La tradición eclesiástica sí recuerda a Antipas como un valiente mártir.

A los de Pérgamo se les achaca su tolerancia con los que como el mercenario profeta Balam, del Antiguo Testamento inducen a varios cristianos a contemporizar con las licenciosas costumbres de los paganos y a participar en sus banquetes, en los que se comían carnes que habían sido ofrecidas ante los ídolos. Tenían la misma ideología de la secta de los "nicolaítas".

Jesús resucitado cuestiona a los de Pérgamo, advirtiéndoles que si no se convierten, los combatirá con la espada que sale de su boca. Por la Carta a los hebreos sabemos que la Palabra de Dios es comparada a una espada de doble filo que se hunde hasta lo más profundo del corazón. La Palabra de Dios, dice la misma Carta, nos deja "desnudos" ante Dios (Hb 4, 12). Eso es lo que Jesús les advierte a los de Pérgamo.

También les dice que a los vencedores les dará el "maná escondido". En el desierto, Dios le proporcionó a su pueblo hambriento un alimento milagroso: el maná. Ahora, les promete un nuevo maná. Es fácil saber que, en el Nuevo Testamento, ese nuevo maná es la Eucaristía. El alimento espiritual que Jesús proporciona a los cristianos.

También a los vencedores se les promete una "piedrecita blanca" en la que va un nombre nuevo. En los juzgados antiguos, los jueces, en la votación, colocaban

en una cajita una piedra blanca o una negra. La piedra blanca declaraba inocente al acusado, la piedra negra lo declaraba culpable. Jesús habla que El justificará, declarará inocente al que permanezca fiel. Le dará una piedrecita blanca. El "nombre nuevo" en la piedrecita es el nuevo nacimiento, por medio del agua y del Espíritu, que recibe el cristiano, y que lo convierte en nueva persona. Bien decía san Pablo: "El que está en Cristo es nueva criatura, lo viejo ya pasó: ahora todo es hecho nuevo" (2Co 5, 17). El que se encuentra personalmente con Jesús es convertido en nueva persona. Tiene un nuevo nacimiento. Eso se hace constar en la piedrecita blanca, que Jesús le promete al que permanezca fiel.

Ap 2, 18-29:

Carta a la Iglesia de Tiatira

> "Al ángel de la Iglesia de Tiatira escribe así: Esto dice el Hijo de Dios, el de ojos llameantes y pies como bronce. Conozco tus obras, tu amor, fe, dedicación y aguante, y, últimamente, tu actividad es mayor que al principio; pero tengo en contra tuya que toleras a Jezabel, esa mujer que dice poseer el don de profecía y extravía a mis siervos con su enseñanza incitándolos a la fornicación y a participar en banquetes idolátricos. Le di tiempo para arrepentirse, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. Mira, la voy a postrar en cama, y a sus amantes los voy a poner en grave aprieto, si no se arrepienten de su conducta. A los hijos que tuvo les daré muerte; así sabrán todas las Iglesias que yo soy el que escruta corazones y mentes y que les voy a pagar a cada uno conforme a sus obras.

> Ahora me dirijo a ustedes, los demás de Tiatira, que no profesan esa doctrina ni han experimentado lo que ellos llaman las profundidades de Satanás. No les impongo ninguna carga, basta que mantengan lo que tienen hasta que yo llegue. Al que salga vencedor cumpliendo hasta el final mis obras, le daré autoridad sobre las naciones —la misma que yo tengo de mi Padre—, las regirá con cetro de hierro y las hará pedazos como a jarros de loza. Le daré también el Lucero de la mañana. Quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias".

Tiatira era una ciudad comercial. Es alabada por su fe, amor y buenas obras. Pero hay algo destructor dentro de sus filas. Existe una mujer llamada Jezabel que, con el pretexto de tener el don de profecía, está desorientando a muchos y los está incitando a contemporizar con las costumbres paganas que los rodean, ya se trate de inmoralidades, como de participación en las comidas idolátricas de los paganos. Seguramente, el nombre de Jezabel es un apodo que Jesús le aplica a esa seudoprofetisa, que está desorientando a muchos en Tiatira. Jezabel fue una mujer perversa del Antiguo Testamento. Desorientó a su esposo, el Rey Acab, y al pueblo de Israel (1R 16, 31). Jesús, por eso, llama Jezabel a la mujer que arrastra hacia costumbres paganas a muchos de la Iglesia de Tiatira.

El Señor les anticipa que esa mujer sufrirá una dura enfermedad. Lo mismo sucederá con los que se dejan fascinar por sus liviandades. Es el juicio de Dios que no tolera lo pecaminoso. Dios recurre al juicio porque ama a sus hijos y quiere que reflexionen y se conviertan. No

se trata de una venganza de Dios. Es el amor de Dios que se manifiesta por medio de la corrección paternal a sus hijos.

Jesús exhorta a los fieles a no seguir las doctrinas sectarias, como las de los nicolaítas, que hablaban de una manera secreta para llegar a la salvación. Jesús, irónicamente, llama "profundidades de Satanás" a esas falsas doctrinas. Jesús, más bien, invita a perseverar en el conocido camino del bien. En la actualidad, son muchos también los que se dejan fascinar por doctrinas misteriosas que ofrecen una salvación al margen de la clara doctrina del Evangelio. Por lo general, esas doctrinas no hablan de pecado, ni de conversión. Hacen hincapié en aspectos puramente psicológicos. Olvidan lo esencial que predicaba Jesús: *"Conviértanse y crean en el Evangelio"* (Mc 1, 15).

A los vencedores, a los que perseveren en el camino de fidelidad, Jesús resucitado les promete dos cosas: autoridad sobre las naciones y el Lucero de la mañana. Autoridad sobre las naciones significa un poder muy grande en la evangelización para llevar a los hombres a Dios.

El Apocalipsis, más adelante (22, 16), llama a Jesús "Lucero de la mañana". A los que permanezcan fieles se les ofrece ser poseedores de Jesús. Tener una plena comunión con El. Participar de su bendición plena.

El gran problema de la Iglesia de Tiatira, era conservarse pura en medio de un mundo contaminado por el paganismo de costumbres y de ritos. Y ese es el gran desafío también para todo cristiano: conservarse incólu-

me en medio de las tinieblas del mundo. Por eso san Pablo aconsejaba: "*No se conformen al mundo, sino renuévense por la renovación de sus mentes*" (Rm 12, 2). La vida del cristiano es una continua purificación de toda infección mundana. Pero para eso hay que tener una mente renovada por medio del Espíritu Santo.

3. Las siete cartas (II)

Ap 3, 1-6:
Carta la Iglesia de Sardes

"Al ángel de la Iglesia de Sardes escribe así: Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tus obras; tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios. Acuérdate, por lo tanto, de cómo recibiste y oíste mi palabra: guárdala y arrepiéntete. Porque, si no estás en vela, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Ahí en Sardes tienes unos cuantos que no han manchado su ropa. Ellos irán conmigo vestidos de blanco, pues se lo merecen. El que salga vencedor se vestirá todo de blanco, y no borraré su nombre del libro de la vida, pues ante mi Padre y ante sus ángeles reconoceré su nombre. Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias".

Sardes era una ciudad rica, pero degenerada. Volcada totalmente al placer, a la sensualidad. Por eso Jesús re-

sucitado le echa en cara que parece una Iglesia con vida, pero es una Iglesia muerta. Muerta porque el pecado ha invadido a muchos de sus fieles. Nosotros llamamos pecado "mortal" al pecado grave. Y lo llamamos así porque la persona en pecado es un individuo que ha cortado la comunicación de gracia con Dios. Es una rama desprendida del árbol: no le llega la savia, se va secando paulatinamente.

Jesús les propone un camino de conversión a los de Sardes. Lo primero que deben hacer es **acordarse** de la **Palabra** que les fue predicada. La Palabra es el camino de Dios, el camino de salvación. Por medio de la Palabra, Dios llega a nosotros y nos lleva a la fe, a la conversión. "*La fe viene como resultado del oír el mensaje de Jesús*" (Rm 10, 17). Jesús a los de Sardes les indica que deben **guardar** su Palabra. La Palabra de Dios dentro de nosotros es la voz de Dios que no nos deja tranquilos en nuestros descarríos y nos ilumina para ir por el camino de Dios.

El segundo paso, que Jesús les propone, es el **arrepentimiento:** la conversión sincera. Jesús les recuerda que deben estar en "vela" para no caer en el estado de muerte, en pecado mortal. Jesús recuerda que llegará "como un ladrón", es decir, intempestivamente, sin previo aviso.

A pesar de este ambiente de pecado, que predomina en la Iglesia de Sardes, Jesús menciona el caso de un grupo que conservan su vestidura limpia. Les promete que lo acompañarán vestidos de blanco. El cristiano el día de su bautismo recibe la gracia de Dios. La vestidura

blanca, que le entregan, es símbolo de esa Gracia. El que peca, mancha su vestidura. Así no podrá ingresar en la gloria eterna.

También Jesús les promete a los que perseveren en su gracia, que no los borrará del libro de la vida. En la antigüedad, cuando alguien cometía algún delito grave, se borraba su nombre del libro de los ciudadanos. Moisés, un día, le pidió a Dios que si no perdonaba al pueblo, que borrara su nombre del libro de la vida (Ex 32, 32). En el libro de la vida están inscritos los que son fieles a Dios. Jesús les promete a los cristianos, que se conservan puros en medio de la inmundicia del mundo, que sus nombres permanecerán indelebles en el libro de la vida, y que, un día, El mismo los confesará ante el Padre.

Una Iglesia puede tener apariencia de cristiana, con mucha actividad externa, pero si predomina el pecado mortal en sus fieles, es una Iglesia "muerta", como la de Sardes. Podemos ser muy entusiastas y palabreros acerca de las cosas religiosas, pero si el pecado habita en nuestro corazón, eso no cuenta delante de Dios: para El somos como cadáveres ambulantes. Estamos desgajados del árbol de la vida. Nuestros nombres han sido borrados del libro de la vida.

La gran recomendación de Jesús contra el pecado es el estar pendientes de la Palabra que nos denuncia y nos ilumina, y el permanecer vigilantes, recordando lo que decía san Pedro: "*El demonio, como león rugiente, anda rondando, viendo a quién devorar*" (1P 5, 8).

Ap 3, 7-13:

Carta a la Iglesia de Filadelfia

> "Al ángel de la Iglesia de Filadelfia escribe así: Esto dice el santo, el veraz, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra; cierra y nadie abre. Conozco tus obras: mira, ante ti dejo abierta una puerta que nadie puede cerrar, pues aunque tu fuerza es pequeña has hecho caso de mis palabras y no has renegado de mí. Haré que algunos de la sinagoga de Satanás, de esos que dicen ser judíos (pero es mentira, no lo son), vayan a postrarse ante ti y se den cuenta de que te quiero. Por haber seguido el ejemplo de mi paciencia yo te preservaré en la hora de la prueba que va a llegar para el mundo entero, y que pondrá a prueba a los habitantes de la tierra. Llego en seguida; mantén lo que tienes, para que nadie te quite tu corona.
>
> Al que salga vencedor lo haré columna del Santuario de mi Dios y ya no saldrá nunca de él; grabaré en él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén que baja del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo. Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias".

Filadelfia era el centro de difusión de la lengua y las letras griegas. Era una ciudad pacífica y acogedora. Esta Iglesia es la que recibe más alabanzas de Jesús. El Señor resucitado le promete una "puerta abierta" que nadie podrá cerrar. La promesa del Señor se refiere a un poder muy grande en la evangelización. Si antes Filadelfia era la puerta abierta para difundir la cultura griega, ahora será la puerta abierta para llevar el Evangelio.

La gran alabanza de los de Filadelfia consiste en que han permanecido fieles a la Palabra de Jesús, a su Evangelio. Eso hará que muchos de la "sinagoga de Satanás" —los judíos que perseguían a los cristianos— se conviertan y descubran el significado del amor de Jesús manifestado en los cristianos. Si perseveran fieles a la Palabra, nadie les podrá quitar su "corona", su premio.

La gran promesa que Jesús les hace a los de Filadelfia es que serán como una columna del Santuario y llevarán grabado el nombre de Dios y de la nueva Jerusalén. En la antigüedad, cuando un sacerdote fiel moría, se levantaba una columna en el templo y se grababa en ella su nombre. Ser columna del Santuario y llevar grabado el nombre de Dios y de la nueva Jerusalén significaba pertenecer a Dios, a la patria eterna. También Jesús les promete grabar en ellos su "nombre nuevo". San Pablo decía: "*El que está en Cristo es nueva criatura*" (2Co 5, 17). El cristiano fiel lleva grabado el nombre de Jesús que lo convierte en nueva criatura, nueva persona espiritual. El cristiano lleva grabado el nombre de Dios, es propiedad de Dios, templo de Dios.

Ap 3, 14-22:

Carta a la Iglesia de Laodicea

"Al ángel de la Iglesia de Laodicea escribe así: Habla el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras y no eres frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente, pero como eres tibio y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Tú dices:'Soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad'. Aunque

no lo sepas, eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que de mí compres oro refinado en el fuego, y así serás rico; y un vestido blanco, para ponértelo y que no se vea tu vergonzosa desnudez; y colirio para untártelo en los ojos y ver. A los que yo amo los reprendo y los corrijo. Sé ferviente y arrepiéntete. Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y cenaremos juntos.

Al que salga vencedor lo sentaré en mi trono, junto a mí; lo mismo que yo, cuando vencí, me senté en el trono de mi Padre, junto a El. Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias".

Laodicea era un gran centro comercial. Se distinguía por sus famosas fábricas de tejidos y por la especialización en la medicina de los ojos. Cuando Jesús les escribe a los de la Iglesia de Laodicea no encuentra en ellos nada digno de alabanza. Jesús resucitado encara a los de Laodicea por su autosuficiencia y ceguera espiritual. Los de Laodicea afirmaban que eran ricos y que no necesitaban nada. Jesús define la Iglesia de Laodicea como una Iglesia que no era fría ni caliente: había caído en el letargo espiritual; se había estancado en una mecánica ritualista. Jesús emplea una expresión muy dura para los de esta Iglesia: les dice que le causan nausea, que los va a vomitar de su boca.

Jesús amontona cinco adjetivos para calificar a los de Laodicea. Les dice que son desdichados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

Jesús resucitado no se limita a acusar a Laodicea por lamentable situación espiritual. Le señala un camino de conversión. Los de Laodicea afirmaban que eran ricos.

Jesús los considera espiritualmente pobres y les hace ver que el único oro que vale es el oro espiritual que sólo El les puede dar. Los de Laodicea eran conocidos mundialmente por un famoso colirio que fabricaban. Jesús les hace ver que están ciegos. Que El puede darles el único colirio que les hará recobrar la vista. Los de Laodicea tenían inmensas fábricas de tejidos. Jesús les indica que deben buscarse un vestido blanco para cubrir su vergonzosa desnudez.

Algo sumamente relevante es la afirmación de Jesús de que El "reprende y corrige a los que ama". El jucio de Dios para nosotros no es una venganza, sino un acto de amor. Es el Dios bondadoso que con cariño tiene que disciplinar a sus hijos. Toda disciplina de Dios para nosotros debe ser entendida como expresión del amor de Dios que busca evitar nuestra perdición y salvarnos.

En el camino de conversión, que Jesús les propone a los de Laodicea, se encuentra una de las estampas más conmovedoras de la Biblia en lo que respecta a la iniciativa amorosa de Dios para salvarnos. Jesús resucitado se manifiesta como el que toca, insistentemente, la puerta de nuestra alma, mientras dice: "Si alguno oye y abre, entraré y cenaremos juntos". Jesús es todo poderoso, pero no puede entrar a nuestra vida, si nosotros, personalmente, no le abrimos la puerta. Respeta la libertad que El mismo nos concedió. La manera con que Jesús llama a la puerta es por medio de la Palabra. De aquí la importancia de oír. La fe es por el oír el mensaje de Jesús, nos dice san Pablo (Rm 10, 17). Por medio de la predicación, Jesús golpea fuertemente la puerta de nuestro corazón. Abrirle es aceptarlo con su Evangelio

y sus condiciones. La cena de Jesús con nosotros indica su bendición, la comunión con Dios.

A pesar del extravío en que se encuentra la Iglesia de Laodicea, Jesús no la abandona. Es a esta Iglesia a la que Jesús le revela su conmovedora manera de llevarnos a la conversión: Jesús, como un mendigo, suplica que lo dejemos ingresar en nuestra vida. Además, el Señor les promete a los de Laodicea un trono en el cielo, si llegan a convertirse y le abren la puerta de sus corazones.

El caso de la Iglesia de Laodicea es muy impresionante y común. Con frecuencia el bienestar nos hace sentirnos autosuficientes, sin darnos cuenta de que somos unos "desdichados", pues lo que cuenta delante de Dios es el bienestar espiritual. A la Iglesia de Esmirna, que era muy pobre, el Señor le decía que para El era muy rica, pues florecía en ella la espiritualidad. A Laodicea, que se gloría de sus riquezas, el Señor la conceptúa como una Iglesia muy pobre espiritualmente.

El pecado nos ciega hasta el punto de no ver nuestro lamentable estado. Afortunadamente, Dios nos ofrece el colirio de su Palabra que nos abre los ojos para ver el camino del Evangelio, que es "lámpara a nuestros pies y luz en el sendero" (Sal 119, 105).

Es conmovedor pensar que, a pesar de nuestro encierro en nuestro egoísmo, en el pecado, Jesús no deja de estar tocando a nuestra puerta. No se cansa. Allí permanece hablándonos hasta que le abramos la puerta, para poder entrar, como en la casa de Zaqueo, para poder decirnos: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa" (Lc 19, 9).

4. Alrededor del trono

Después de haber recibido el mensaje que debía enviar a las siete Iglesias de Asia menor, el vidente san Juan tiene otra visión. Se le muestra una "puerta abierta" en el cielo. Es como un boquete hacia el cielo, a través del cual san Juan va a recibir una nueva revelación acerca del plan que Dios tiene con respecto al futuro. Hasta la vez, Juan ha estado recibiendo mensajes de Jesús acerca de las cosas "que están sucediendo". Ahora, comienza la segunda parte del Apocalipsis en la que el Señor le comunicará algunas cosas que sucederán en un futuro misterioso.

Ap 4, 1-3:

Puerta abierta

"En la visión, vi en el cielo una puerta abierta; la voz con timbre de trompeta que oí al principio, me estaba diciendo: 'Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder después'. Al momento caí en éxtasis. En el cielo había un trono y uno sentado en el trono. El que estaba sentado en el trono

> brillaba como jaspe y granate, y alrededor del trono había un halo que brillaba como una esmeralda".

Juan llama "éxtasis" a la visión parcial del cielo que se le concede. Lo primero que le llama la atención es un trono. Alguien está sentado en él: es Dios. Juan no lo describe con apariencia humana; para hablar de Dios se vale de la figura del esplendor de piedras preciosas que sale del trono. Dios no aparece con rostro humano; únicamente se habla del esplendor que sale de su trono.

Ahora, Juan va a continuar detallando lo que vio alrededor del trono:

Ap 4, 4-8:

Veinticuatro ancianos y cuatro seres vivientes

> "En círculo, alrededor del trono, había otros veinticuatro tronos, y, sentados en ellos, veinticuatro ancianos con ropajes blancos y coronas de oro en la cabeza. Del trono salían relámpagos y retumbar de truenos; ante el trono ardían siete lámparas, los siete espíritus de Dios, y delante se extendía una especie de mar transparente, parecido al cristal. En el centro, alrededor del trono, había cuatro seres vivientes cubiertos de ojos por delante y por detrás: el primero se parecía a un león, el segundo a un toro, el tercero tenía cara de hombre, y el cuarto parecía un águila en vuelo. Los cuatro seres vivientes, cada uno con seis alas, estaban cubiertos de ojos por fuera y por dentro".

¿Quiénes son esos veinticuatro ancianos y esos cuatro seres vivientes que forman un círculo alrededor del

trono de Dios? Los veinticuatro ancianos simbolizan a la Iglesia triunfante en el cielo, representada por los doce patriarcas del Antiguo Testamento y los doce apóstoles del Nuevo Testamento: veinticuatro por todos. La Iglesia de Dios tiene inicio con el pueblo judío y llega a su plenitud en el Nuevo Testamento. Los veinticuatro ancianos —líderes en el pueblo de Dios— tienen sendas coronas en la cabeza, que representan el premio que Dios les ha concedido por su fidelidad. También llevan vestiduras blancas que indican su triunfo. De blanco se vestían los que iban a recibir a un general que celebraba una victoria.

Ante el trono hay siete lámparas. San Juan explica que son los "siete Espíritus de Dios". Según el profeta Isaías (11, 2), el Espíritu Santo se manifiesta por medio de siete dones. El número siete, en la Biblia, indica plenitud, abundancia. San Juan ve al Espíritu Santo junto al trono de Dios.

Los cuatro seres vivientes el león, el toro, el águila y el hombre, simboliza lo más noble y sabio de la naturaleza, que fue creada para glorificar a Dios. El león es el rey de la selva. El toro es el representante de los animales domésticos. El águila es la reina de las aves. El hombre es el rey de la creación. Todos los seres vivientes han sido creados para que sean alabanza de su Creador. El salmo 19 lo dice bellamente: "*Los cielos proclaman la gloria de Dios: el firmamento anuncia la obra de sus manos*" (Sal 19, 1).

Algunos han querido ver en los cuatro seres vivientes la imagen de los cuatro evangelistas, y, por eso, los han colocado en los vitrales de las iglesias. Según san

Agustín, el león representa a san Mateo, poque comienza hablando de Jesús como el León de Judá. El hombre es símbolo de san Marcos porque es el que representa a Jesús con un carácter muy humano. El toro se relaciona con san Lucas porque exhibe a Jesús como el que viene a ofrecerse por la salvación del hombre. El águila, que es el ave que se remonta más alto, se relaciona con san Juan, por ser el evangelista que más alto ha volado en sus reflexiones teológicas.

A continuación, san Juan expone qué es lo que están haciendo los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes ante el trono de Dios:

Ap 4, 8-11:

¡Santo, santo, santo!

> "Los cuatro seres vivientes, cada uno con seis alas, estaban cubiertos de ojos por fuera y por dentro. Día y noche cantan sin cesar: 'Santo, Santo, Santo es el Señor, soberano de todo: el que era y es y va a venir'.
>
> Y cada vez que los cuatro seres vivientes gritan gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono, adorando al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas ante el trono diciendo: 'Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, por haber creado el universo: por tu voluntad fue creado y existe'".

Los "cuatro seres vivientes" aparecen cubiertos de ojos por fuera y por dentro. Es la sabiduría de Dios que

les ha sido comunicada al pertenecer a la gloria eterna. Estos cuatro seres vivientes, sin cesar, están glorificando a Dios llamándolo tres veces Santo. Es decir, el Todo Santo. Proclamaban también su eternidad; por eso afirman que Dios era, es y va a venir.

Los veinticuatro ancianos también se muestran en actitud de total adoración. Cuando un rey era vencido, lanzaba su corona ante el monarca que lo vencía en señal de sumisión. Los veinticuatro ancianos arrojan sus coronas ante el trono, en actitud de completa sumisión y adoración. Alaban a Dios como Creador del universo y por su plan de amor para toda la creación.

En nuestra liturgia, antes de la plegaria eucarística, nosotros, como los de la Iglesia triunfante, también cantamos: Santo, Santo, Santo. Toda nuestra liturgia es un ensayo de alabanza y adoración a Dios. Ensayamos aquí en la tierra para, un día, podernos unir al coro grandioso que, en el cielo, no cesa de alabar y bendecir a Dios.

5. El mensaje secreto

El capítulo quinto viene a complementar la visión del cielo que san Juan está teniendo. Acaba de ver a Dios en el trono, rodeado de veinticuatro ancianos y de cuatro seres vivientes. Ahora, Juan narra que junto al trono vio un rollo —libro— sellado que nadie podía abrir. Escribe Juan:

Ap 5, 1-5:

El libro sellado

"A la derecha del que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso, gritando a grandes voces: '¿Quién es digno de abrir el rollo y soltar sus sellos?'. Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra, ni debajo de la tierra, podía abrir el rollo y ver su contenido. Yo lloraba mucho, porque no se encontró a nadie digno de abrir el rollo y de ver su contenido. Pero uno de los ancianos me dijo: 'No llores más. Sábete que ha vencido el León de la tribu de Judá, el Vástago de David, y que puede abrir el rollo y sus siete sellos'".

En la mano derecha de Dios, Juan ve un rollo sellado con siete sellos, escrito por dentro y por fuera. En tiempo de Juan, los libros estaban confeccionados en forma de rollos. Que este libro se encuentre escrito por dentro y por fuera indica que se trata de un mensaje muy extenso. Algo sellado con siete sellos significa un mensaje "ultrasecreto".

Juan se pone a llorar porque nadie puede romper los sellos de ese libro. En ese libro están consignados los planes de Dios para la humanidad. Juan representa al hombre que quiere conocer el proyecto de Dios para él. Uno de los veinticuatro ancianos consuela a Juan y le dice que deje de llorar porque ya apareció el que tiene el poder de romper los sellos del libro. Ese alguien es el "León de Judá", el "Vástago de David". Estos dos apelativos se refieren a Jesús. Así fue anunciado por los profetas. Se le llama León de Judá, ya que Jesús es descendiente de la tribu de Judá. Cuando Jacob bendijo a su hijo Judá, lo llamó "cachorro de león" (Gn 49, 9). Jesús no es un simple cachorro; Jesús es el León de la tribu de Judá. Por otra parte, el profeta Isaías había anunciado al Mesías como una raíz del tronco de Jesé (Is 11 1). Jesé era el padre de David. Jesús pertenecía a la estirpe de David. Por eso se llama a Jesús un vástago de David.

Juan, a continuación, va a presentar a Jesús como un Cordero que está en medio del trono, mientras toda la corte celestial le tributa adoración:

Ap 5, 6-10:

El Cordero

> "Entonces vi delante del trono, rodeado por los seres vivientes y los ancianos, a un Cordero de pie; se notaba que lo habían degollado, y tenía siete cuernos y siete ojos —son los siete espíritus que Dios ha enviado a toda la tierra—. El Cordero se acercó, y el que estaba sentado en trono le dio el libro con la mano derecha.
>
> Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante El; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume —son las oraciones de los santos—. Y entonaron un cántico nuevo: 'Eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios, hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; has hecho de ellos reyes y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra'".

San Juan ve a Jesús como un Cordero de pie en medio del trono. Se le notan todavía los signos de que fue degollado. Hay que recordar que, en el evangelio de san Juan; cuando el Bautista presenta a Jesús ante la gente, dice: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Jesús había sido anunciado por el profeta Isaías como un cordero que es llevado al matadero con los pecados de todos (Is 53, 7). San Pedro, les recuerda a los cristianos que fueron rescatados con la sangre de Jesús-Cordero sin mancha y sin defecto (1P 1, 19). La figura de Jesús como un cordero indica la misión de Jesús: ser sacrificado en la cruz para borrar los pecados de la humanidad.

En la visión de Juan, el Cordero está "de pie". Jesús-Cordero tiene las señales de su martirio, pero está de pie. Esta representación de Jesús nos habla claramente de Jesús muerto y resucitado. El Cordero de la visión de Juan aparece con siete cuernos y siete ojos. El cuerno es símbolo del poder. Siete cuernos indican poder absoluto. También el Cordero se muestra con siete ojos: señal de que todo lo ve, todo lo sabe.

Cuando el Cordero recibe el libro sellado de manos de Dios, toda la corte celestial se postra ante El. Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes son descritos con sendas cítaras y con copas de oro llenas de incienso. San Juan anota que el incienso en las copas indica las oraciones de los santos. Al referirse a los santos, san Juan no habla de los santos del cielo, sino de los santos de la tierra. "Santo", en la Biblia significa consagrado, apartado para Dios. Los bienaventurados del cielo —los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes— son los que presentan ante la Trinidad las oraciones de los cristianos. Esta estampa bíblica es muy significativa: los bienaventurados del cielo no se olvidan de nosotros. Oran por nosotros. Se unen a las oraciones de los cristianos de la tierra. Es la Iglesia triunfante que está íntimamente ligada con la Iglesia peregrina, que va hacia la nueva Jerusalén, el cielo.

Toda la corte celestial entona un "cántico nuevo". En los Salmos, con frecuencia, se habla de un cántico nuevo. Es la alabanza que entonan los fieles ante los nuevos descubrimientos de las grandezas de Dios que van experimentando. El cántico nuevo, que en la visión de Juan entonan los bienaventurados del cielo, es por la

revelación de que Jesús es el que puede romper los sellos del libro secreto de Dios.

Toda la corte celestial alaba al Cordero porque por su sangre derramada para la salvación del mundo, ahora, puede romper los sellos del libro secreto. También lo alaban porque con su sacrificio en la cruz, ha logrado que en el Nuevo Testamento, en la Nueva Alianza haya un "nuevo sacerdocio", el sacerdocio de todos los bautizados, que han sido constituidos en un "pueblo de sacerdotes".

En nuestra Iglesia hablamos del "sacerdocio común" de todos los bautizados, y del "sacerdocio ministerial", de los que han sido ordenados sacerdotes para el servicio de la comunidad. En el nuevo sacerdocio del Nuevo Testamento, ya no se inmolan corderos, toros y palomas. Ahora tenemos el nuevo sacrificio que nos dejó Jesús: la Eucaristía, en la que se ofrece el Cuerpo y Sangre de Jesús.

La visión del capítulo cinco va a concluir cuando el vidente Juan ve a toda la creación, que entona un himno grandioso al Cordero y al que está sentado en el trono. El himno de los bienaventurados del cielo y de todo el cosmos, va a concluir con un solemne Amén. Veamos cómo san Juan describe esta liturgia grandiosa del cielo y de toda la creación:

Ap 5, 11-14:

¡Amén!

"En la visión escuché la voz de muchos ángeles: eran millares y millares alrededor del trono y de los vivientes

y de los ancianos, y decían con voz potente: 'Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza'.

Y oí a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar —todo lo que hay en ellos—, que decían: 'Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos'.

Y los cuatro vivientes respondían: ¡Amén! Y los ancianos se postraron rindiendo homenaje".

6. Los sellos rotos

Jesús, bajo el símbolo del Cordero, comienza a romper, uno a uno, los siete sellos del libro sellado. Al romper cada uno de los sellos, se revela alguna de las calamidades que sobrevendrán al mundo antes del final de los tiempos.

Ap 6, 1-2:

El caballo blanco

> "En la visión, cuando el Cordero soltó el primero de los siete sellos, vi al primero de los vivientes que decía con voz de trueno: 'Ven'. En la visión apareció un caballo blanco; el jinete llevaba un arco, le entregaron una corona y se marchó victorioso para vencer otra vez".

Acerca de este caballo blanco no todos los comentaristas están de acuerdo. Para algunos el caballo blanco es símbolo de los desastres que acarrea la conquista militar. Otros comentaristas, en cambio, afirman que ese jinete en caballo blanco es Jesús resucitado, que con un

arco en la mano, señala que es el vencedor de la historia. Antes de que se revelen las terribles calamidades que vendrán sobre la humanidad, al vidente Juan se le muestra a Jesús resucitado y victorioso que, en caballo blanco —signo de triunfo— aparece antes de todos los males, para que entendamos que no hay que tener miedo, pues sobre todos los desastres de la historia está Cristo victorioso, Señor de la historia.

Ap 6, 3-8:

Caballo rojo, caballo negro, caballo amarillo

> "Cuando soltó el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: 'Ven'. Salió otro caballo rojo, y al jinete le dieron poder para quitar la paz a la tierra y hacer que los hombres se degüellen unos a otros; le dieron también una espada grande.
>
> Cuando soltó el tercer sello, oí al tercer viviente que decía: 'Ven'. En la visión apareció un caballo negro; su jinete llevaba en la mano una balanza. Me pareció oír una voz que salía de entre los cuatro vivientes y que decía: 'Un cuartillo de trigo, un denario; tres cuartillos de cebada, un denario; al aceite y al vino, no los dañes'.
>
> Cuando soltó el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: 'Ven'. En la visión apareció un caballo amarillento; el jinete se llamaba muerte y el Hades lo seguía. Les dieron potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, hambre, epidemias y con las fieras salvajes".

El caballo rojo representa la violencia generada por la guerra. El jinete de este caballo lleva una espada, signo de lucha. La guerra hace que la paz se eclipse.

El caballo negro, y la balanza, que su jinete porta en la mano, expresa la carestía que vendrá sobre la tierra. Tanto es así, que un cuartillo de trigo costará un denario, que era el sueldo de un día de trabajo para un obrero de aquel tiempo. Unicamente el aceite y el vino no tendrán un precio excesivo.

El caballo amarillento y el Hades, lugar de los muertos según la mentalidad antigua, indican la peste que asolará la cuarta parte de la tierra. Habrá mortandad.

Y, ahora, se rompe el quinto sello:

Ap 6, 9-11:

Los mártires

> "Cuando soltó el quinto sello, vi al pie del altar, las almas de los asesinados por proclamar la Palabra de Dios y por el testimonio que mantenían; clamaban a grandes voces: 'Tú el soberano, el santo y veraz, ¿para cuándo dejas el juicio de los habitantes de la tierra y la venganza de nuestra sangre?'. Dieron a cada uno una vestidura blanca y les dijeron que tuvieran calma todavía por un poco, hasta que se complementara el número de sus compañeros de servicio y hermanos suyos a quienes iban a matar como ellos".

Cuando se rompe el quinto sello, aparecen bajo el altar las almas de los mártires. Bajo el altar de los sacrificios se recogía la sangre de las víctimas inmoladas. Las almas de los mártires piden que cese la injusticia, que sea vengada su sangre. Ciertamente es una figura literaria de la que se vale el vidente Juan para hablar de

la justicia en el mundo que piden los mártires. De seguro no están pidiendo venganza, ya que como bienaventurados del cielo no pueden albergar sentimientos negativos. Los mártires lo que piden es que se implante en el mundo la justicia, que cese la violencia contra tantos inocentes.

Este cuadro de los mártires en el cielo, es muy indicativo. Nos revela que los que mueren en el Señor, inmediatamente van al cielo, esperando la resurrección final cuando sean glorificados sus cuerpos y sus almas. Antes, nos encontramos con los veinticuatro ancianos, que representan la Iglesia triunfante, que, en copas de oro, ofrecen las oraciones de los cristianos —los santos— (5, 8). Ahora, vemos a los mártires que ya están junto al Señor y que le solicitan que se haga justicia con los que están sufriendo por la fe en el mundo.

La respuesta al clamor de los mártires es que deben tener paciencia, pues, todavía a muchos les espera el martirio. La historia aún no ha llegado a su final. Estas señales no son el fin del mundo, sino sólo el preludio del final de los tiempos.

El capítulo sexto va a concluir con la apertura del sexto sello:

Ap 6, 12-17:

Un terremoto

> "En la visión, cuando se abrió el sexto sello, se produjo un terremoto, el sol se puso negro como un saco de crines, la luna se tiñó de sangre y las estrellas del cielo cayeron a la tierra como caen los higos verdes de una higuera

cuando la sacude un huracán. Desapareció el cielo como un libro que se enrolla, y los montes e islas se desplazaron de su lugar. Los reyes de la tierra, los magnates, los generales, los ricos, los poderosos y todo hombre, esclavo o libre, se escondieron en las cuevas y entre las rocas de los montes, diciendo a los montes y a las rocas: 'Caigan sobre nosotros y ocúltennos de la vista del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día de su ira y ¿quién podrá resistirle?".

Al romperse el sexto sello, se desata una convulsión cósmica. En el libro se describe por medio de imágenes impresionistas: el sol que se oscurece, la luna que se tiñe de sangre, las islas y los montes que son trasladados. Por medio de este recurso literario se quiere afirmar que el mundo está llegando a su fin. Los que no han llevado una vida limpia se van a esconder en las cuevas y le van a gritar a los montes que los oculten de la mirada de Dios.

Cuando se habla de la "ira de Dios", hay que tener presente que la Biblia entiende por "ira de Dios" la santidad de Dios que, como Padre amoroso, tiene que buscar la justicia y somete a sus hijos a juicio para darles la oportunidad de arrepentirse y salvarse.

7. El número de los marcados

Antes de que el séptimo sello sea roto, el vidente Juan, en su visión, ve a cuatro ángeles preparados para desatar una catástrofe sobre la tierra. Otro ángel les indica que deben esperar, pues, antes tienen que ser marcados en la frente los "siervos de Dios", los cristianos que han permanecido en el camino del Evangelio.

Ap 7, 1-4:

Ciento cuarenta y cuatro mil

> "Después de esto vi cuatro ángeles, plantado cada uno en un ángulo de la tierra; retenían a los cuatro vientos de la tierra para que ningún viento soplara sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre los árboles.
>
> Vi después a otro ángel que subía del Oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar, diciéndoles: 'No dañen a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente a los siervos de nuestro Dios'. Oí también el número de los marcados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel".

El número de los que son marcados es de ciento cuarenta y cuatro mil. Este número es simbólico. Está formado por la multiplicación de doce por doce, que da ciento cuarenta y cuatro. Esta cantidad todavía se ha multiplicado por mil. Ciento cuarenta y cuatro mil. Este número simbólico indica una cantidad incontable, formada por los descendientes de los doce patriarcas del Antiguo Testamento, que permanecieron fieles a Dios, y por los que, en el Nuevo Testamento pertenecen a la Iglesia, que Jesús les encomendó a los doce apóstoles, y que viven según el Evangelio.

La marca en la frente denota posesión. A los cristianos fieles, Dios los declara sus hijos, sus consagrados, por medio de una marca. Dice la Carta a los efesios que, al recibir el Espíritu Santo, quedamos "sellados" por el Espíritu Santo (Ef 1, 13). Antes del fin del mundo, los siervos de Dios son marcados para ser protegidos contra la ira de Dios que asolará a los malvados. Los cristianos fieles sufrirán, pero, al mismo tiempo, estarán seguros de que cuentan con la bendición de Dios.

Ap 7, 9-12:

Muchedumbre incontable

"Después de esto apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritaban con voz potente: '¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!'. Y todos los ángeles, que estaban alrededor del trono y de los

ancianos y de los cuatro vivientes, cayeron rostro a tierra ante el trono, y rindieron homenaje a Dios, diciendo: 'Amén'. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén".

Juan vuelve a presentar a los ciento cuarenta y cuatro mil que ya han pasado por la gran tribulación y se encuentran en el cielo con vestiduras blancas y con palmas en las manos. La vestidura blanca y las palmas son símbolos de triunfo. Los "marcados", ahora, se encuentran en el cielo como bienaventurados que se unen a los veinticuatro ancianos, a los cuatro seres vivientes y a los ángeles para elevar un himno grandioso a Dios.

Ap 7, 13-17:

La sangre del Cordero

"Y uno de los ancianos me dijo: 'Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?' Yo le respondí: 'Señor mío, tú lo sabrás'. El me respondió: 'Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos. Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el calor. Porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos'".

Uno de los ancianos explica que los bienaventurados han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero. Esta indicación no deja de llamar la atención. A nadie se le ocurre lavar su túnica en la sangre: la sangre mancha. Pero la sangre del Cordero, de Cristo, limpia, purifica. La sangre de Jesús habla de su sacrificio en la cruz por la salvación del mundo, por el perdón de los pecados. Por medio de la sangre de Cristo somos "justificados", puestos en "buena relación con Dios". Jesús-Cordero derrama su sangre por todos, pero el efecto salvador de esa sangre es sólo para los que "personalmente" aceptan, por la fe, el valor de esa sangre y, con ella, lavan sus vestiduras.

Una característica de estos bienaventurados es que ya no sufren hambre, ni sed ni calor. Jesús-Cordero los lleva a aguas de vida y enjuga sus lágrimas. En esta sintética presentación del estado anímico de Los bienaventurados se está definiendo lo que es el cielo: el lugar donde ya no habrá sed: se habrán calmado las ansias de felicidad que acompañan a todo ser humano. Ya no existirán las lágrimas, expresión del dolor, del sufrimiento, que también son compañeros inseparables de todo ser humano. En el cielo, no tiene ingreso el sufrimiento. Allí los bienaventurados gozarán de la eterna felicidad en la presencia de Dios.

8. Suenan las trompetas (I)

Ahora, viene la apertura del séptimo sello. Un largo silencio se va a producir después de que el último sello sea quitado, señal de que algo muy importante está por ser comunicado.

Ap 8, 1-6:

El séptimo sello

"Cuando soltó el séptimo sello se hizo silencio en el cielo por cosa de media hora. Vi a los siete ángeles que están delante de Dios; les dieron siete trompetas. Llegó otro ángel con un incensario de oro, y se puso junto al altar. Le entregaron muchos perfumes, para que aromatizara las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro situado delante del trono. Y por manos del ángel subió a la presencia de Dios el humo de los perfumes, junto con las oraciones de los santos.

El ángel cogió entonces el incensario, lo llenó de ascuas del altar y lo arrojó a la tierra: hubo truenos, estampidos, relámpagos y un terremoto. Y los siete ángeles, que tenían las siete trompetas, se aprestaron a tocarlas".

Después de un interludio entre el rompimiento del sexto y el séptimo sello, ahora se procede a romper el último sello. Después de esto, se produce un silencio de "media hora", que indica un largo e impresionante momento que precede a algo muy terrible que tiene que ser revelado de parte de Dios.

El sonido de la trompeta, en la Biblia, señala alguna revelación importante de Dios, una voz de alarma, un anuncio de la presencia impactante de Dios. Siete ángeles, por turno, van a tocar su respectiva trompeta; después de cada toque de trompeta, se extiende por el mundo una plaga. Antes del sonido de las trompetas, un ángel va a presentar un incensario que contiene las oraciones de los santos. Aquí, santos se llama a los cristianos fieles de la tierra. Santo, en la Biblia, significa consagrado, apartado para Dios. Todo bautizado es un consagrado a Dios. Anteriormente, en otra visión (15, 8), Juan vio cómo los bienaventurados del cielo presentaban ante Dios las oraciones de los santos, de los cristianos fieles de la tierra. Ahora, es un ángel el que presenta esas oraciones. Tanto los ángeles como los bienaventurados del cielo ruegan por nosotros, los peregrinos hacia la patria celestial.

Impresiona que el mismo incensario, que el ángel ha presentado ante Dios con las oraciones de los santos de los cristianos, sea lanzado, luego, a la tierra y produzca conmociones de tipo cósmico: terremotos, relámpagos, truenos. Las oraciones de la Iglesia peregrina y de la Iglesia triunfante en el cielo, siempre están intercediendo ante Dios ante todas las catástrofes de la historia.

Comienzan, ahora, los ángeles a tocar sus respectivas trompetas anunciando terribles calamidades.

Ap 8, 7-13:

Primeras cuatro trompetas

"Al tocar su trompeta el primero, se produjeron granizo y centellas mezclados con sangre y los lanzaron a la tierra: un tercio de la tierra se abrasó, un tercio de los árboles se abrasó y toda la hierba verde se abrasó.

Al tocar su trompeta el segundo ángel, lanzaron al mar una enorme montaña incandescente: un tercio del mar se convirtió en sangre, un tercio de los seres que viven en el mar murieron y un tercio de las naves naufragaron.

Al tocar su trompeta el tercer ángel se desprendió del cielo un gran cometa que ardía como una antorcha y fue a dar sobre un tercio de los ríos y sobre los manantiales. El cometa se llamaba Ajenjo: un tercio de las aguas se convirtió en ajenjo, y mucha gente murió a consecuencia del agua que se había vuelto amarga. Al tocar la trompeta el cuarto ángel, repercutió en un tercio del sol y un tercio de la luna y un tercio de las estrellas; un tercio de cada uno y al día le faltó un tercio de su luz, y lo mismo a la noche.

En la visión oí un águila que volaba por mitad del cielo clamando: '¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra por los restantes toques de trompeta, por los tres ángeles que van a tocar!'".

Después de cada toque de trompeta, se hace presente alguna plaga en la tierra y destroza "un tercio" de lo que

invade. Este "tercio" indica que ha sido afectada sólo una parte de la naturaleza: el final de todo aún no ha llegado. Las plagas, aquí manifestadas, son imágenes literarias, que, en el fondo, lo que quieren mostrar es que Dios se sirve de las fuerzas de la naturaleza para advertirles a los hombres que se acerca el fin, y para llamarlos a la conversión. Este capítulo se cierra, cuando aparece un águila que vuela y grita tres ayes, presagiando que todavía faltan tres plagas terribles.

9. Suenan las trompetas (II)

Este capítulo abarca lo que sucede después de los toques de la quinta y sexta trompetas.

Ap 9, 1-6:

Quinta trompeta

> "Al tocar su trompeta el quinto ángel, vi en la tierra una estrella caida del cielo. Le entregaron la llave del pozo del abismo y abrió el pozo del abismo; del pozo salió humo, como el humo de un gran horno, y con el humo del pozo se oscurecieron el sol y el aire.
>
> Del humo saltaron a la tierra langostas y se les dio ponzoña de escorpiones. Se les ordenó que no hicieran daño a la hierba ni a nada verde ni a ningún árbol, sino sólo a los hombres que no llevan la marca de Dios en la frente. No se les permitió matarlos, pero sí atormentarlos durante cinco meses; el tormento que causan es como picadura de escorpión. En aquellos días los hombres buscarán la muerte y no la encontrarán, ansiarán morir y la muerte huirá de ellos".

Después del toque de la quinta trompeta, Juan ve una estrella que cae del cielo y abre el pozo del abismo del que sale humo. Esta estrella caída, que abre el pozo del abismo, es Satanás, que es un ángel que por su rebeldía fue expulsado del cielo. El humo anuncia algo demoníaco.

Del humo van a saltar infinidad de langostas que inyectan veneno. Las langostas en el Antiguo Testamento, son signo de destrucción, de desolación. Estas langostas tienen permiso de dañar sólo a los hombres que no lleven la marca de Dios en la frente. Esta marca, el sello del Espíritu Santo, declara que la persona pertenece a Dios. En medio de las plagas demoníacas, el cristiano fiel sabe que, a pesar de todo, cuenta con la bendición y protección de Dios. Esta plaga va a durar cinco meses. Es el tiempo de vida de una langosta. La desesperación de lo≠s malvados, al ser heridos, será tanta que pedirán la muerte, pero no llegará todavía para ellos.

Pasa, ahora, Juan a detallar cómo vio las langostas en su visión. Las describe con rasgos de monstruosidad:

Ap 9, 7-12:
Las langostas

> "Las langostas tienen aspecto de caballos aparejados para la guerra; llevan en la cabeza una especie de corona dorada y la cara parece de hombre, las crines son como pelo de mujer y los dientes parecen de león. Tienen el pecho como corazas de hierro y el fragor de sus alas diríase el fragor de carros con muchos caballos que corren al combate. Tienen colas con aguijones, como el escorpión, y en la cola la ponzoña para dañar a los hombres durante cinco meses. Están a las órdenes de un

rey, el ángel del abismo; en hebreo su nombre es Abaddón, en griego, Apolión, el exterminador. El primer ay ha pasado; quedan todavía dos".

La descripción de las langostas como algo monstruoso, tiene la finalidad de resaltar el poder demoníaco que se ha desatado. El que dirige las langostas se llama, en hebreo, Abaddón, que quiere decir exterminador. Lo contrario de Jesús, que es Salvador.

San Juan describe las fuerzas demoníacas como una caballería diabólica que avanza. Por la boca los caballos echan fuego, humo y azufre, elementos que se han relacionado siempre con lo infernal. Esta caballería del demonio mata a una tercera parte de la humanidad. Este dato se proporciona aquí para hacer ver que todavía no ha llegado el fin del mundo. Es sólo el comienzo de lo que vendrá después.

Ap 9, 13-19:

Sexta trompeta

"Al tocar su trompeta el sexto ángel, oí una voz que salía de los ángulos del altar de oro, que está delante de Dios. Le decía al sexto ángel, al que tenía la trompeta: 'Suelta a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río, el Eufrates'. Quedaron sueltos los cuatro ángeles que estaban reservados para matar en tal hora, día, mes y año a la tercera parte de la humanidad. Las tropas de caballería era de doscientos millones; el número lo oí.

En la visión vi así los caballos y a sus jinetes: llevaban corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Estas tres plagas, es de-

> cir, el fuego, el humo y el azufre, que echan por la boca, mataron a la tercera parte de la humanidad. Los caballos tienen su ponzoña en la boca y también en la cola, pues las colas parecen serpientes con cabezas, y con ellas dañan".

La reacción de los malvados no es lo que se esperaba: no se arrepienten; más bien se endurecen y continúan en sus múltiples pecados de idolatría, lujuria, maleficio y robo.

Ap 9, 20-21:
No se arrepintieron

> "El resto de los hombres, los que no murieron por estas plagas, tampoco se arrepintieron; no renunciaron a las obras de sus manos, ni dejaron de rendir homenaje a los demonios y a los ídolos de oro y plata, bronce piedra y madera, que no ven ni oyen ni andan. No se arrepintieron tampoco de sus homicidios ni de sus maleficios ni de su lujuria ni de sus robos".

Estas plagas tienen mucha similitud con las plagas de Egipto. La finalidad de las plagas de Egipto era un llamado a la conversión del Faraón y sus colaboradores. El Faraón, al principio, parecía que se arrepentía, pero, una vez que le pasaba el susto, volvía a su rebeldía contra Dios.

Las calamidades, que Dios permite en nuestra vida, tienen una finalidad medicinal: nuestra curación espiritual, nuestra conversión. Dios no quiere que perezca el pecador, sino que se salve. Porque Dios nos ama, por eso permite circunstancias adversas en nuestra vida para que recapacitemos y nos volvamos a El.

10. Libro abierto

Todos estamos esperando que toque la séptima trompeta y se descubra el misterioso plan de Dios. Pero, en este instante, san Juan intercala un paréntesis para hablarnos de otra visión que tuvo: un ángel que le invita a comerse un pequeño libro:

Ap 10, 1-7:

Un libro pequeño

> "Vi entonces otro ángel vigoroso que bajaba del cielo envuelto en una nube; el arco iris aureolaba su cabeza, su rostro parecía el sol y sus piernas columnas de fuego. Llevaba en la mano un librito abierto. Plantó el pie derecho en el mar y el izquierdo en la tierra y dio un grito estentóreo, como un rugido de león; al gritar él hablaron los siete truenos, me dispuse a escribir, pero oí una voz del cielo que me decía: 'Guárdate lo que han dicho los siete truenos, no lo escribas ahora'.
>
> El ángel, que había visto de pie sobre el mar y la tierra, levantó la mano derecha al cielo y juró por el que vive por

los siglos de los siglos, por el que creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y cuanto contiene, el mar y cuanto contiene: 'Se ha terminado el plazo; cuando el séptimo ángel empuje su trompeta y dé su toque, entonces, en esos días, llegará a su término el designio secreto de Dios, como lo anunció a sus siervos los profetas'".

El enorme ángel que coloca un pie en la tierra y otro en el mar y que trae en la mano un librito abierto, representa al mensajero de Dios que trae un mensaje para el mar y la tierra, es decir, para todo el mundo. El pequeño libro indica que el mensaje se refiere a un período breve de la historia.

A través de siete truenos, Juan escucha otro mensaje. Se dispone a escribirlo, pero se le comunica que ese mensaje todavía no debe ser revelado. El ángel explica que se refiere a los designios secretos de Dios con respecto al final de los tiempos.

Inmediatamente el ángel convida a Juan a que se coma el librito:

Ap 10, 8-11:

Cómete el libro

"La voz del cielo que había escuchado antes se puso a hablarme de nuevo diciendo: 'Ve a coger el librito abierto de mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra'. Me acerqué al ángel y le dije: 'Dame el librito'. El me contestó: 'Cógelo y cómetelo; al paladar será dulce como la miel, pero en el estómago sentirás ardor'. Cogí el librito

> de mano del ángel y me lo comí; en la boca sabía dulce como la miel, pero, cuando me lo tragué, sentí ardor en el estómago. Entonces me dijeron: 'Tienes que profetizar todavía contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes'".

Juan toma el libro de manos del ángel y se lo come. Siente dulzor en la boca y ardor en el estómago. El libro pequeño denota un "corto mensaje". Esta imagen de comerse el libro, para indicar que hay que vivenciar la Palabra de Dios, ya la habíamos encontrado en el profeta Ezequiel (Ez 3, 1). A este profeta, Dios, antes de enviarlo a profetizar, le ordena comerse el libro de la Palabra. Sólo puede ser profeta de Dios, si antes ha conocido y vivido la Palabra. El profeta Ezequiel afirma que cuando se comió el libro, sintió la dulzura de la miel en su boca. La variante, que presenta san Juan, consiste en que no sólo siente dulzura en la boca, al comerse el libro del mensaje de Dios, sino que también experimenta ardor en el estómago. De esta manera se expresa la dura carga del profeta que se ve cuestionado él mismo por la Palabra, y que es enviado a los otros para que la Palabra sea espada de dos filos que se les hunda hasta lo más profundo de sus corazones.

Todo el que quiera ser un discípulo de Jesús, tiene el compromiso de llevar a todas partes el mensaje de su Señor. Pero antes de llevarlo, él mismo tiene que haber sido cuestionado —ardor en el estómago— por la Palabra. Tiene también que haber experimentado el consuelo –dulzor– que trae al corazón la Palabra de Dios. De esta manera, concluye el brevísimo capítulo décimo.

11. Moisés y Elías

El capítulo once comienza a anticipar lo que sucederá en los momentos más críticos de la historia, cuando las fuerzas diabólicas arrecien su combate contra los cristianos fieles. Todo se le revela a Juan por medio de figuras muy plásticas que trataremos de interpretar con sencillez. Escribe Juan:

Ap 11, 1-6:

Los dos testigos

"Me dieron una caña como de una vara, diciéndome: 'Ve a medir el Santuario de Dios, el altar y el espacio para los que dan culto. Prescinde del patio exterior que está fuera del santuario, no lo midas, pues se ha permitido a las naciones pisotear la ciudad santa cuarenta y dos meses, pero haré que mis dos testigos profeticen vestidos de sayal mil doscientos sesenta días'.

Ellos son los dos olivos y los dos candelabros que están en la presencia del Señor de la tierra. Si alguno quiere hacerles daño, echarán fuego por la boca y devorarán a sus

enemigos; así el que intente hacerles daño, morirá sin remedio. Tienen poder para cerrar el cielo, de modo que no llueva mientras dura su profecía. Tienen también poder para transformar el agua en sangre y herir la tierra a voluntad con plagas de toda especie".

A Juan se le ordena medir el Santuario y el espacio en donde están los que adoran a Dios. Este gesto indica la intención de Dios de proteger a los cristianos fieles de su Iglesia durante el tiempo de la persecución. Ciertamente aquí, no se refiere al Templo de Jerusalén. Cuando san Juan escribió el Apocalipsis, el templo de Jerusalén hacía unos veinte años que había sido destruido por los romanos. El templo, al que aquí se alude, es la Iglesia de Jesús, que, a pesar de las terribles persecuciones, no podrá ser destruida nunca. Jesús lo aseguró: "*Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*" (Mt 16, 18).

También se le ordena a Juan que no mida el patio exterior del templo. El motivo es porque la protección de Dios sólo estará con los fieles que permanezcan en su Iglesia. El paganismo invadirá la parte no medida por el vidente, durante cuarenta y dos meses. Este tiempo equivale a tres años y medio: la mitad de siete. En el Apocalipsis, siete indica perfección. Tres años y medio, la mitad de siete, es un tiempo "no perfecto", un tiempo puramente humano; no como el tiempo de Dios, que es perfecto. Es un tiempo de prueba que Dios permite para la purificación de su Iglesia.

Se habla de "dos testigos" que durante la persecución a la Iglesia serán enviados para profetizar. Se les llama

"olivos y candelabros". Los olivos con sus ramitas verdes indican rápidamente el cambio de estación. Los candelabros son para que brille la luz. Esos dos profetas serán como centinelas para interpretar los signos de Dios en tiempos difíciles. Serán candelabros para que brille para todos la luz de Dios.

Y aquí la gran pregunta: ¿Quiénes son esos dos testigos? En el texto se encuentran algunos datos para identificarlos: se dice que tendrán poder para cerrar el cielo de modo que no llueva. Podrán convertir el agua en sangre. Eso nos hace recordar que ésos fueron poderes, respectivamente, del profeta Elías y de Moisés. Además, se anticipa que los "dos testigos" irán vestidos con austeridad. Es decir, llegan para predicar la conversión, la penitencia.

Un día, a Jesús le hicieron ver que antes de que llegara el Mesías, según las Escrituras, debía presentarse el profeta Elías. Jesús dijo que Elías ya había venido; que había sido Juan Bautista. Con eso el Señor estaba afirmando que en Juan Bautista se había podido apreciar el mismo espíritu profético de Elías: había tenido la misma misión profética de llamar a la conversión para preparar el camino para el reinado de Dios.

Cuando aquí se habla de estos "dos testigos", Moisés y Elías, que serán enviados para los tiempos difíciles de la Iglesia, se alude a los profetas que el Señor enviará para que, con el espíritu de Moisés y de Elías, lleguen a predicar la conversión, a invitar al arrepentimiento y a la penitencia. Este fenómeno es algo característico en la historia de la Iglesia. Siempre, en tiempos críticos para la Iglesia, en momentos de persecución, aparecen los

grandes testigos de Dios que son como centinelas en medio del pueblo. Son candelabros desde los que esplende la luz de Dios.

A Juan se le va a revelar algo más: el destino de muchos de estos profetas:

Ap 11, 7-14:
Resurrección de los testigos

> "Pero, cuando terminen su testimonio, la bestia que sube del abismo, les hará la guerra, los derrotará y los matará. Sus cadáveres yacerán en la calle de la gran ciudad, simbólicamente llamada Sodoma o Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Durante tres días y medio, gente de todo pueblo y raza, de toda lengua y nación, contemplarán sus cadáveres, y no permitirán que les den sepultura. Todos los habitantes de la tierra se felicitarán por su muerte, harán fiesta y se cambiarán regalos; porque estos dos profetas eran un tormento para los habitantes de la tierra. Al cabo de los tres días y medio, un aliento de vida mandado por Dios entró en ellos, y se pusieron en pie en medio del terror de todos los que lo veían. Oyeron entonces una voz fuerte que les decía desde el cielo: 'Suban aquí'. Y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos.
>
> En aquel momento se produjo un gran terremoto y se desplomó la décima parte de la ciudad; murieron en ese terremoto siete mil personas, y los demás, aterrorizados, dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ¡ay! ha pasado; el tercero va a llegar pronto".

En la revelación, que se le proporciona a Juan con respecto a los "dos testigos", se le informa que mientras

se cumpla el tiempo en que tienen que llevar a cabo su misión, nadie tendrá poder contra ellos. Los que lo intenten serán derrotados. Pero, una vez cumplida su misión, el Señor permitirá que la bestia los derrote y los mate. Aquí, san Juan está adelantando algo acerca del poder demoníaco del cual se hablará más adelante, y que san Juan presenta como una bestia que sale del mar. Es la figura del Anticristo, el que combate a los que son de Cristo.

Cuando mueran estos dos testigos, sus cadáveres insepultos serán la alegría de todos, ya que su palabra de fuego era un "tormento" para todos. La alegría de los malvados va a durar solamente tres días y medio, la mitad de siete. Recordemos que siete es el número de la perfección. Tres días y medio marcan un espacio de tiempo "imperfecto", no lo que los malvados hubieran deseado. Ellos habrían querido que nunca más se volviera a hablar de estos "dos testigos". Pero resulta que después de breve tiempo, estos testigos aparecen participando de la resurrección de Jesús. Son llevados al cielo en espíritu, esperando la resurrección final cuando resucitará también su cuerpo.

Después de estos acontecimientos, se produce un gran terremoto en el que mueren siete mil personas. Nuevamente aquí el número siete, multiplicado por mil, está indicando gentío que perece en la catástrofe. Este infausto acontecimiento impresiona a muchísimas personas que se convierten y terminan glorificando a Dios. El terrible signo de Dios ha tenido efecto salvífico en estos convertidos que terminan viendo la mano de Dios en todo.

El capítulo once va a concluir con el sonido de la séptima trompeta que anuncia el fin del mundo. Ha llegado el momento del juicio: recompensa para unos y condenación para otros:

Ap 11, 15 -19:
El Arca de la Alianza

"Al tocar su trompeta el séptimo ángel, se oyeron aclamaciones en el cielo: '¡El reinado sobre el mundo ha pasado a nuestro Señor y a su Mesías, y reinará por los siglos de los siglos!'. Los veinticuatro ancianos, que estaban sentados delante de Dios, cayeron rostro en tierra rindiendo homenaje a Dios, y decían: '¡Gracias, Señor Dios, soberano de todo, el que eres y eras por haber asumido tu gran potencia y haber empezado a reinar! Montaron en cólera las naciones, pero tu ira ha llegado. El momento de juzgar a los muertos, pequeños y grandes; para recompensar a tus siervos los profetas, a tus santos y a los que temen tu nombre, para destruir a los que destruyen la tierra'.

Se abrió en el cielo el Santuario de Dios, y en su Santuario apareció el arca de su alianza; se produjeron relámpagos, estampidos, truenos, un terremoto y temporal de granizo".

Después de tantas desgracias, que han anunciado las seis trompetas, ahora, al tocar la séptima, llega un grandioso himno de alabanza y adoración a Dios, ejecutado por los veinticuatro ancianos, que representan a los bienaventurados del cielo. Todos alaban a Dios porque ha llegado el momento del juicio del mundo: habrá recompensa para los buenos, y castigo para los malvados.

Esta visión se cierra cuando, en el cielo, dentro del Santuario de Dios, aparece el Arca de la Alianza. Esta Arca le recordaba al pueblo el pacto que Dios había hecho con ellos. Esta Arca, al final de los tiempos, confirma que el pacto de Dios se ha cumplido: sus promesas se han realizado. Dios siempre es fiel. Esta revelación va acompañada de relámpagos y truenos, como fue acompañada de los mismos fenómenos cósmicos la revelación del Sinaí. Así concluye este capítulo que nos introduce en la parte más reveladora acerca del choque de las fuerzas satánicas con la Iglesia de Dios y el poder del que es Rey de reyes y Señor de señores.

Este capítulo está encaminado a consolar a los fieles cristianos que eran duramente perseguidos. En esencia, se les revela por medio de san Juan, que, a pesar del recio combate de las fuerzas demoníacas, por encima de todo, sigue en pie el pacto de Dios —el Arca de la Alianza— que no fallará nunca. La Iglesia podrá ser perseguida, martirizada, pero, por sobre todas las cosas, permanece la promesa de Jesús: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt 16, 18b).

12. Una gran señal

Los capítulos doce y trece han sido definidos como el "corazón del Apocalipsis". Allí se esboza la historia de la salvación en lo que respecta al enfrentamiento entre las fuerzas demoníacas, que quieren destruir la Iglesia de Dios, y el poder de Dios que, en su plan misterioso, conduce a su Iglesia a la victoria final. Juan comienza hablando de una gran señal:

Ap 12, 1-6:

La mujer vestida de sol

> "Después apareció una gran señal en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna bajo sus pies, coronada con doce estrellas. Estaba encinta, gritaba por los dolores del parto y los tormentos de dar a luz
>
> Apareció otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en las cabezas. Con la cola barrió del cielo un tercio de las estrellas, arrojándolas a la tierra. El dragón estaba enfrente de la mujer que iba a dar a luz dispuesto a tragarse al niño

en cuanto naciera. Dio a luz un varón, destinado a gobernar con vara de hierro a los pueblos. Arrebataron al niño y lo llevaron junto al trono de Dios. La mujer huyó al desierto donde tiene un lugar reservado por Dios para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días".

¿Quién es esta mujer embarazada que da a luz un niño? Primero, hay que preguntarse quién es el niño. Del niño se afirma que está "destinado a gobernar con cetro de hierro a los pueblos". Esta profecía del salmo segundo (2, 9) se refiere al Mesías. El mismo Apocalipsis, más adelante, repite lo mismo (Ap 19, 15). El niño en mención es el mismo Jesús.

La mujer vestida del sol y con la luna a sus pies es el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. En la Biblia se representa al pueblo de Dios como la "esposa" de Dios. Este pueblo de Dios se inicia en el Antiguo Testamento y llega a su plenitud en el Nuevo Testamento con la Iglesia de Jesús. Está vestido del sol: ha sido privilegiado al ser escogido como pueblo de Dios. Tiene la luna bajo sus pies: la cambiante luna representa las vicisitudes de la historia. A pesar de todo, este pueblo –la Iglesia– sale victorioso ante todas las adversidades que se le presentan.

La mujer de la que aquí se habla es, entonces, el pueblo de Dios que se inicia en el Antiguo Testamento y concreta en la Iglesia de Jesús.

La liturgia ha tomado esta figura de la Mujer vestida de sol y con la luna bajo sus pies, que da a luz al Mesías, para aplicarla a la Virgen María. En efecto, ella es la principal representante del pueblo de Dios, pues fue lle-

nada de gracia para que por medio de ella nos llegara el Mesías, el Salvador. La Virgen María está vestida del sol de justicia: es llena de Gracia. Tiene la luna bajo sus pies: a pesar de las insidias del mal, ha sido preservada de toda mancha para ser el arca de la Nueva Alianza que contuviera al Salvador, la Divinidad, a Jesús, que es Dios y hombre. Ella, es la "virgen", anunciada por el profeta Isaías, que da a luz al Mesías que viene a gobernar al mundo "con cetro de hierro", con firmeza, con poder.

¿Quién es el dragón rojo? En el Génesis, el símbolo del espíritu del mal es una serpiente. Ahora, en esta visión de san Juan, se representa al demonio con la imagen de un dragón rojo: algo monstruoso y despreciable. Las siete cabezas indican su mucha inteligencia y poder. Los diez cuernos y las siete diademas manifiestan que tiene muchos aliados poderosos en su lucha contra Dios.

El dragón rojo ha barrido con un tercio de las estrellas del cielo. Aquí se recuerda que el espíritu del mal, Satanás, en su origen fue un ángel de luz; al rebelarse por orgullo contra Dios, fue expulsado del cielo. En su rebelión arrastró a muchos otros ángeles. Son las estrellas que arrastró consigo en su caída.

Cuando la Mujer —el pueblo de Dios— dio a luz al Mesías, el dragón intentó destruirlo. Este dato nos hace recordar a Herodes que quiere matar al niño Jesús en quien ve un competidor. Aquí, se nos dice que el Mesías es llevado al cielo. De esta manera, se une el nacimiento y la resurrección de Jesús, para hablar de su victoria sobre los poderes diabólicos. El dragón ha intentado destruir al Niño desde su nacimiento, pero a pesar de todas

las vicisitudes de su vida, Jesús es resucitado y asciende a la gloria.

Debido a los ataques del dragón, la Mujer –el pueblo de Dios– tiene que huir al desierto, donde Dios la acompaña, providencialmente, y la purifica. Esta escena de la mujer que huye al desierto, nos hace recordar, inmediatamente, al pueblo de Dios que es llevado al desierto para ser liberado y purificado al mismo tiempo. Este retiro en el desierto abarca mil doscientos sesenta días, que equivalen a tres años y medio. Tres años y medio, la mitad de siete, como ya se dijo antes, indica un tiempo no pleno, imperfecto. Un tiempo que Dios ha determinado para la purificación de su pueblo.

En la revelación, que se le proporciona a san Juan por medio de visiones, ahora, se le habla del principio del mal, Satanás:

Ap 12, 7-12:

San Miguel y el dragón

"Se trabó una batalla en el cielo; Miguel y sus ángeles declararon guerra al dragón. Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no vencieron, y no quedó lugar para ellos en el cielo. Y al gran dragón, a la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, y extravía la tierra entera, lo precipitaron a la tierra y a sus ángeles con él. Se oyó una gran voz en el cielo: 'Ya llega la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su Mesías. Porque han derribado al acusador de nuestros hermanos, al que los acusaba noche y día ante nuestro Dios. Ellos lo vencieron con la sangre del Cordero, y con la palabra del testimonio

que dieron, sin preferir la vida a la muerte. Por eso, alégrense, cielos, y los que en ellos habitan; ¡Ay de la tierra y del mar! El diablo bajó contra ustedes rebosando furor, pues sabe que le queda poco tiempo'".

Al iniciar estos versículos, se nos habla del origen de Satanás. Fue un ángel de Dios. Pero se rebeló contra Dios. Fue expulsado del cielo junto con otros ángeles rebeldes como él. Aquí se le define con varios de los nombres con que se le menciona en la Biblia. Se le llama "gran dragón", "serpiente antigua" —de ella habla el primer libro de la Biblia, el Génesis—. También se le menciona como "diablo", que significa "acusador", pues, su oficio es "seducir" a los hombres para luego acusarlos. El diablo fue el que intentó acusar a Job ante Dios. También al espíritu del mal aquí se le nombra como "Satanás", que significa enemigo, debido a su continuo odio hacia el hombre, criatura de Dios. Por eso trata de llevarlo a la perdición. Aquí mismo, se hace referencia a su maléfica obra de "extraviar" a los seres humanos.

Pero la revelación no es para exhibir como protagonista al diablo. Después de habernos hablado de su origen, nos lo presenta vencido por el Mesías, por Jesús. Con su muerte y resurrección, Jesús lo venció definitivamente. Todavía tiene poder: el que Dios le permite en sus misteriosos designios.

Como complemento de la derrota de Satanás, a san Juan se le muestra una escena, en el cielo, en donde los bienaventurados entonan un himno de alabanza al Cordero que ha vencido al "calumniador", al "diablo". Se revela también cuál fue el poder con el que los bienaventura-

dos pudieron vencer a Satanás: fue con la sangre del Cordero. La sangre de Jesús nos habla de la muerte redentora de Jesús. Por medio de su sangre somos perdonados, redimidos del poder de Satanás, del pecado y de la muerte. La sangre de Cristo nos hace aptos para recibir la plenitud del Espíritu Santo.

El furor del diablo se ha desatado contra los hijos de Dios, pues sabe que se termina el tiempo de que dispone para apartarlos y llevarlos a la perdición.

Esta visión va a concluir describiendo cómo Satanás persigue a la Iglesia de Dios:

Ap 12, 13-17:

La mujer y el dragón

> "Cuando vio el dragón que lo habían arrojado, se puso a perseguir a la mujer que había dado a luz el hijo varón. Le pusieron a la mujer dos alas de águila real para que volara a su lugar en el desierto, donde será sustentada un año y otro año y medio año lejos del dragón. El dragón, persiguiendo a la mujer, echó por la boca un río de agua para que el río la arrastrara; pero la tierra salió en ayuda de la mujer, abrió su boca y se bebió el río salido de la boca del dragón. Despechado el dragón por causa de la mujer, se marchó a hacer la guerra al resto de su descendencia, a los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús".

El dragón se detuvo en la arena del mar

Este capítulo concluye con la descripción de la lucha que el dragón –Satanás– ha emprendido contra la Iglesia,

el pueblo de Dios, del que ha salido el Mesías. Pero a la Mujer – el pueblo de Dios– se le han dado alas para ir huyendo al desierto en el que Dios la cuidará providencialmente durante el tiempo de su peregrinaje.

El dragón es descrito echando agua por la boca para ahogar a la Mujer –el pueblo de Dios, la Iglesia–; pero la naturaleza colabora defendiendo a los hijos de Dios, y se traga el agua. Esa agua que lanza el dragón para ahogar a la Mujer, no deja de recordarnos el paso del Mar Rojo. El pueblo de Dios, por un momento, se sintió perdido ante el mar que le obstaculizaba la huida. Pero ese mar se abrió y le dejó paso libre hacia la libertad.

En este capítulo, bajo figuras muy impresionistas, se nos habla de las fuerzas diabólicas, que, a toda costa, quieren terminar con la Mujer que dio a luz el Mesías, el pueblo de Dios. La esposa de Dios, la Mujer vestida del sol, ahora, es la Iglesia. Aquí está descrita la historia de la Iglesia. Siempre será perseguida por fuerzas diabólicas que pretenden aniquilarla, pero Dios la llevará en alas de águila al desierto, lugar de purificación y de encuentro con Dios. En el Antiguo Testamento, Dios le decía a su pueblo: "Ya vieron lo que hice a los egipcios, y cómo a ustedes los tomé sobre alas de águila, y los he traído a mí" (Ex 19, 4). Así expresa Dios su amor providencial: a pesar de los poderes demoníacos encarnados en hombres poderosos, por encima de todo está Dios que lleva a su Iglesia al triunfo final.

El último versículo de este capítulo muestra al dragón en la arena del mar, como un animal furioso presto a atacar a los hijos de Dios.

13. Las dos bestias

En el capítulo anterior, se dejó al gran dragón rojo –Satanás– como un animal furioso en la arena, maquinando de qué manera atacar a los hijos de Dios. En este otro capítulo, se le presenta a san Juan una visión por medio de la cual se le enseña de qué manera el gran dragón se sirve de instrumentos humanos, a los que les comunica poderes diabólicos, para combatir a la Iglesia de Dios. De manera especial se habla de una bestia que sale del mar y de una bestia que sale de la tierra. El dragón con estas dos bestias forman, por así decirlo, una trinidad demoníaca que pretende impedir el reinado de Dios en el mundo.

Ap 13, 1-10:

La bestia que sale del mar

> "Entonces vi una bestia que salía del mar, tenía diez cuernos y siete cabezas, llevaba en los cuernos diez diademas y en las cabezas un título blasfemo. La bestia que vi parecía un leopardo con patas de oso y fauces de león. El

dragón le confirió su poder, su trono y gran autoridad. Una de sus cabezas parecía tener un tajo mortal, pero su herida mortal se había curado. Todo el mundo admirado seguía a la bestia; rindieron homenaje al dragón por haber dado su autoridad a la bestia, y rindieron homenaje a la bestia exclamando: '¿Quién como la bestia?, ¿quién puede combatir con ella?'. Dieron a la bestia una boca que profería palabras arrogantes y blasfemas, y se le dio poder para actuar durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca para maldecir a Dios, insultar su nombre y su morada y a los que habitaban en el cielo. Le permitieron hacer la guerra a los santos y vencerlos, y se le dio poder contra toda raza, pueblo, lengua y nación. Le rendirán homenaje todos los habitantes de la tierra, excepto aquellos cuyos nombres están escritos desde que empezó el mundo en el libro de la vida que tiene el Cordero degollado.

Quien tenga oídos que oiga: El que está destinado al cautiverio, al cautiverio va. El que mata a espada, a espada tiene que morir. ¡Aquí está la paciencia y la fe de los santos!".

La primera bestia sale del mar: en el Antiguo Testamento, el mar era el lugar de las malas presencias, de los poderes del mal. Las diez coronas y los siete cuernos indican el grandísimo poder que tiene este ser maléfico, que es descrito con las características del leopardo, del oso y del león. El dragón el –diablo– le entrega su poder para que pueda actuar demoníacamente en el mundo.

Para san Juan, esta bestia con tanto poder demoníaco es el imperio romano que obligaba a todos a rendirles culto a los emperadores romanos como si fueran dioses. Por eso la bestia aparece llevando en una de sus cabezas un título blasfemo: el título de Dios.

La cabeza que parecía tener una herida mortal y que se había recuperado, según algunos comentaristas, alude a la leyenda acerca del "Nerón resucitado". El emperador Nerón había sido un desequilibrado y terrible perseguidor de los cristianos. También los no cristianos le temían. Lo aborrecían. La leyenda afirmaba que Nerón no había muerto, sino que había huido a Partía, y regresaría con los partos para combatir a Roma y retomar el poder. Esto hacía cundir el pánico entre los pueblos.

Pero, además, de esta leyenda de "Nerón resucitado", esta cabeza que se había sanado de la herida mortal, indica el poder maléfico que a través de los siglos, con frecuencia, parece que ha sido vencido, pero que vuelve a aparecer con mayor pujanza.

La bestia es un individuo que blasfema contra Dios y las cosas santas. Además, se le ha concedido poder para vencer a los buenos. Aquí, cuando se habla de "santos", se hace alusión a los bautizados, los consagrados a Dios. La Biblia los llama "santos". No se trata de los santos del cielo, sino de los santos de la tierra.

A la bestia todo el mundo le rinde homenaje, menos los que han sido inscritos en el libro de la vida.

Después de detallar las características de la bestia, de este personaje maléfico, con poderes satánicos, al final del capítulo (Ap 13, 18), Juan da el nombre de ese individuo, pero lo hace "en clave". Para eso se vale de un número: 666. En la antigüedad, a las letras del alfabeto se les atribuía un valor numérico. Según san Juan, en este número está encerrado el nombre de la bestia que sale del mar.

Desde los mismos principios de la Iglesia, se perdió la tradición con respecto a este nombre misterioso. Es por eso que muchos han lanzado hipótesis acerca de quién puede ser este personaje diabólico. Algunos comentaristas afirman que, en hebreo, el valor del número 666 significa: Nerón-César. Según otros comentaristas, la cifra 666 indica que la bestia, por más que se haga adorar, se queda tres veces en seis y no logra llegar al 777, que es el número de la perfección, el número de Dios. La bestia tiene mucho poder, pero, aunque se haga adorar, sigue siendo un simple poder humano demoníaco.

La cifra misteriosa, el 666, ha sido motivo de muchas especulaciones. Muchos han hecho acrobacias con el valor de los números para referir ese número a su principal enemigo. Son varios los personajes a quienes se les ha atribuido este nombre demoníaco. En el ambiente protestante, es común que con fantasiosas disquisiciones, dignas de ciencia ficción, se le atribuya al Papa este número. Por eso lo presentan como la bestia del Apocalipsis, como el Anticristo. Cuando se acude a estos recursos para desprestigiar a los católicos, uno se da cuenta de que los que así proceden ya no razonan con el cerebro, sino con el hígado rebosante de resentimiento.

Los Padres de la Iglesia, afirmaron con frecuencia que esta bestia que sale del mar y que tiene poderes maléficos es el mismo Anticristo. En la Biblia, la palabra "Anticristo", sólo se encuentra en la primera y segunda carta de san Juan. Según san Juan, el Anticristo es el que se opone a Cristo o niega su encarnación, su divinidad. Según san Pablo, en su segunda Carta a los tesalonicenses (2, 3-4), el Anticristo es el "Hombre del Pecado",

que se presentará con poderes grandísimos y se servirá de ellos para que le adoren y para apartar a los hombres del Evangelio. La más completa representación del Anticristo se ha encontrado en la bestia que sale del mar, que san Juan exhibe en su capítulo trece del Apocalipsis.

Para san Juan, el Anticristo, la bestia que sale del mar, se encarna en el imperio romano, que quiere que todos adoren al emperador romano, y que persigue a muerte a la Iglesia de Jesús, en el momento histórico que le toca vivir a Juan.

San Juan, en su primera carta, alude a "muchos anticristos (1Jn 2, 18), que ya han venido. Muchas veces, en la historia de la humanidad, reviven estos anticristos, cuya misión demoníaca es fascinar a los hombres con grandes prodigios y grandilocuencia para llevarlos por un "camino" distinto del que propone Jesús en el Evangelio.

Según se colige de la Biblia, en los últimos tiempos aparecerá un Anticristo que superará a los anteriores en poder y maldad. Es al que san Pablo llama el "Hombre del Pecado". Muchos lo adorarán y serán extraviados por sus obras grandiosas y su manera grandilocuente de hablar.

A continuación, en la visión terrorífica de san Juan, se detallan las características de la segunda bestia:

Ap 13, 11-18:

La bestia que sale de la tierra

> "Vi después otra bestia que salía de la tierra; tenía dos cuernos de cordero, pero hablaba como un dragón. Ejerce, en su presencia, todo el poder de la primera bestia, y hace que el mundo entero y todos sus habitantes veneren a la primera bestia, la que tenía curada su herida mortal. Realizaba grandes señales, incluso hacía bajar fuego del cielo a la tierra a la vista de la gente. Con las señales que le concedieron hacer a la vista de la bestia, extraviaba a los habitantes de la tierra, incitándolos a que hicieran una estatua de la bestia que había sobrevivido a la herida de la espada. Se le concedió dar vida a la estatua de la bestia, de modo que la estatua de la bestia pudiera hablar e hiciera dar muerte al que no venerase la estatua de la bestia. A todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, esclavos y libres, hizo que los marcaran en la mano derecha o en la frente, para impedir comprar o vender al que no llevase la marca con el nombre de la bestia o la cifra de su nombre.
>
> Aquí del talento: el que tenga inteligencia que calcule el número de la bestia, pues es número de un hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis".

Viene, ahora, la descripción que san Juan hace de la segunda bestia que salió de la tierra. No sale ya del mar, de las fuerzas malignas, sino de la misma tierra, de las comunidades, posiblemente, cristianas. La segunda bestia se presenta con dos cuernos de cordero. Quiere asemejarse a Jesús, que es el Cordero de Dios. Pero la segunda bestia se reconoce cuando habla, porque su voz es, no como la de Jesús, sino como la del dragón, el diablo.

A esta segunda bestia se la llama, más adelante, "el falso profeta" (Cf. Ap 19, 20), porque su misión es promover el culto a la primera bestia; por eso le levanta una enorme estatua para que todos la adoren. También, por todos los medios, busca que los hombres sean marcados con el sello de la bestia. Los que no estén marcados, serán, automáticamente, marginados en la sociedad, pues no podrán vender ni comprar.

Jesús ya había advertido acerca de los "falsos profetas"; el Señor nos previno acerca de que los falsos profetas se presentarán con piel de oveja, pero por dentro serán lobos rapaces. Aquí, en la visión de san Juan, la segunda bestia, "el falso profeta" se presenta como un manso cordero, pero es fácil descubrirlo, porque, al hablar, su voz no es la de un cordero, sino la de un dragón.

El cristiano fiel, que está en comunión con Dios, no será sorprendido por los falsos profetas, porque el Señor, por medio del Espíritu Santo, le concederá discernimiento para saber descubrir la voz de Dios y la voz del diablo. Por eso, el cristiano es el que permanece atento a la Palabra de Dios. Si la conoce a fondo, si la vive, rápidamente sabrá discernir la voz de Dios de la voz de Satanás, el engañador.

El gran dragón rojo se vale de personas poderosas para su obra de perdición. El poder de estos falsos profetas fascina y desorienta a muchos. El cristiano fiel, vigilante, nunca va a ser fascinado por el Anticristo o por su falso profeta, porque el que es fiel a Cristo reconoce inmediatamente su voz. Como oveja obediente, está atento a la voz inconfundible de su pastor, que lo llevará a aguas tranquilas y verdes pastos. Lo conducirá por el sendero recto (Sal 23, 1-3).

El cristiano ha sido sellado por el Espíritu Santo. Es propiedad de Dios. De ninguna manera aceptará la "marca" del Anticristo. El cristiano fiel, no sólo no será seducido por los falsos milagros del Anticristo y su profeta, sino que, además, luchará para que los hijos de Dios no sean engañados, o para arrancar de las garras del dragón y de las bestias a los que hayan sido seducidos por el poder demoníaco, que se desatará en el mundo, de manera especialísima, hacia el final de los tiempos.

14. La marca del Cordero

En el capítulo anterior, aparecieron las dos bestias con poderes diabólicos, tratando de imponer la "marca" de la bestia principal en muchas personas. La marca es signo de posesión. Los marcados son los que aceptan adorar a la bestia como Dios y se apartan de Jesús. Ahora, en este nuevo capítulo, se le muestran a san Juan, en su visión, infinidad de personas, que no se han dejado marcar por la bestia, todo lo contrario llevan en su frente una marca muy distinta: la del Cordero. Son posesión de Jesús.

Ap 14, 1-5:

El Cordero de pie

"En la visión apareció el Cordero de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban grabado en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre. Oí también un sonido que bajaba del cielo, parecido al estruendo del océano, y como el estampido de un trueno poderoso; era el son de arpistas que teñían sus

arpas delante del trono, delante de los cuatro seres viviente y los ancianos, cantando un cántico nuevo.

Nadie podría aprender el cántico fuera de las ciento cuarenta y cuatro mil, los adquiridos en la tierra. Estos son los que no se pervirtieron con mujeres, porque son vírgenes; estos son los que siguen al Cordero a dondequiera que vaya; los adquiridos como primicias de la humanidad para Dios y del Cordero. En sus labios no hubo mentira, no tienen falta".

Contra la pretensión de las dos bestias diabólicas, de marcar a todos con su respectivo sello, Juan aprecia que hay ciento cuarenta y cuatro mil que llevan en su frente la marca del Cordero de Jesús. Este número simbólico, ya se dijo antes, está formado por la multiplicación de 12 por 12, igual a 144. Todo esto multiplicado por mil: Ciento cuarenta y cuatro mil. En este número simbólico se hace alusión a los 12 patriarcas del Antiguo Testamento y a los 12 Apóstoles del Nuevo Testamento. El número doce indica algo pleno, completo. Los ciento cuarenta y cuatro mil marcados con el signo del Cordero son la multitud incontable del Antiguo y Nuevo Testamento que han permanecido fieles a Dios, en todas las épocas de la historia de la salvación.

Este grupo numerosísimo de "marcados" con el nombre del Cordero son los que no se han pervertido con mujeres. En el Antiguo Testamento, el pecado es presentado como un adulterio espiritual. Estos numerosísimos "marcados" son los que se han consagrado a Dios y han permanecido fieles a su consagración. En la visión, se les presenta con características muy peculiares: ellos son los únicos que lograron enteder el "cántico nuevo"

que baja del cielo. Y los que acompañan al cordero Jesús a dondequiera que El va.

El "cántico nuevo" es la experiencia de los que han podido conocer a plenitud a Dios y, por eso, su cántico anterior es superado por uno nuevo. Los cristianos fieles son "nuevas criaturas" en Cristo, y, por eso mismo, son los únicos que logran aprender el "cántico nuevo", que, en el cielo, entonan los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivos.

Esta multitud de marcados con la marca del Cordero y de su Padre, son "las primicias" de la humanidad para Dios. Estos cristianos, que han permanecido fieles a su consagración a Dios, ya, desde ahora, en la tierra, están aprendiendo el "cántico nuevo" para poderse, un día, unir a los bienaventurados del cielo.

Todo cristiano ha sido sellado por el Espíritu Santo el día de su bautismo (Cf. Ef 1, 13). Por medio de la aceptación personal de Jesús somos convertidos en "nuevas criaturas" y podemos comenzar a aprender el "cántico nuevo" para poder unirnos, un día, al coro celestial. Nuestra lucha diaria consiste en resistir valientemente a los emisarios de Satanás, las dos bestias, que intentan hacernos perder nuestra marca de cristianos para imprimirnos el sello del Anticristo.

Antes del juicio de Dios, por medio de Jesús, van a aparecer varios ángeles para prepararle el camino:

Ap 14, 6-13:

Los que mueren en el Señor

"Vi otro ángel que volaba en lo alto del cielo, llevando un evangelio eterno para anunciarlo a los que habitan en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo, y diciendo con voz fuerte: 'Teman a Dios, y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas'. Le siguió otro ángel, el segundo, diciendo: 'Cayó, cayó la gran Babilonia, aquella que dio a beber el vino del furor de su fornicación a todas las naciones'. Otro ángel, el tercero, siguió a aquéllos, diciendo con voz fuerte: 'Quien venere a la bestia y a su estatua y reciba su marca en la frente o en la mano, ése beberá del vino del furor de Dios, escanciado sin diluir en la copa de su cólera, y será atormentado con fuego y azufre ante los santos ángeles y el Cordero. El humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos, pues los que veneran a la bestia y a su estatua y reciben la marca con su nombre, no tendrán respiro ni de día ni de noche'.

¡Aquí la paciencia de los santos que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús! Oí una voz que decía desde el cielo: 'Escribe: ¡Dichosos los que en adelante mueren en el Señor! Sí (dice el Espíritu), que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan'".

Antes del aparecimiento de Jesús como Juez, lo preceden varios ángeles. Uno lleva un "evangelio eterno", es decir, un mensaje que es esencial para la salvación, que siempre es actual. Ese mensaje debe ser anunciado a todo el mundo. Consiste en "temer a Dios" porque es el Creador del universo. Lo esencial de la religión es haber des-

cubierto, a través del universo, la presencia de Dios. Pero no sólo eso. El siguiente paso, debe ser la adoración a ese Dios creador. El tercer paso, consiste en sentir la necesidad de ser salvado por ese Dios que nos creó y es el autor del mundo.

Los otros dos ángeles son portadores de un mensaje de condenación: uno, para la "gran Babilonia", y otro para los que se han dejado marcar por la bestia, es decir, le han rendido culto. En el Apocalipsis, Babilonia es la encarnación de lo perverso. Aquí, san Juan habla en clave para que entiendan sólo los cristianos. Para san Juan, Babilonia es la misma Roma imperial, que obliga a todos a adorar al emperador, y que persigue a los cristianos.

En la visión, Juan escucha una voz que proclama "dichosos" a los que "mueren en el Señor". Esta expresión es adecuadísima para hablar de la muerte del cristiano fiel, que muere en comunión con Jesús, viviendo el Evangelio. La dicha consistirá en la terminación de sus fatigas y en el gozo eterno de Dios.

El camino ya ha sido preparado por los ángeles. Ahora, se presenta el juez, Jesús:

Ap 14, 14-20:

La hoz afilada

> "Entonces, en la visión, apareció una nube blanca, y sobre la nube sentado uno semejante a un Hijo de hombre, con una corona de oro sobre su cabeza y una hoz afilada en su mano. Y otro ángel salió gritando del templo con voz fuerte al que estaba sentado sobre la nube: 'Mete tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de la siega, ya que la

mies de la tierra está en sazón'. El que estaba sentado sobre la nube acercó la hoz a la tierra y quedó segada la tierra.

Otro ángel salió del templo que está en el cielo, llevando él también una hoz afilada. Y otro ángel, el que tiene poder sobre el fuego, salió del altar, y clamó con voz fuerte al que tenía la hoz afilada: 'Mete tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras'. Acercó el ángel la hoz a la tierra, vendimió la viña de la tierra y la echó en el gran lagar de la ira de Dios. El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y salió sangre del lagar hasta los frenos de los caballos, a lo largo de mil seiscientos estadios".

Nuevamente nos encontramos con la expresión "uno semejante a un Hijo de hombre". Ya antes hemos anotado que es la expresión que el profeta Daniel emplea para referirse al futuro Mesías. Jesús mismo se presenta, repetidas veces, en el Evangelio como el "Hijo del hombre". En esta visión, san Juan ve a Jesús en una nube blanca. La hoz que tiene en la mano indica que viene para segar. También otro ángel aparece con senda hoz en la mano. Algunos comentaristas exponen que Jesús, en el juicio, llega para segar solamente el trigo puro. Viene a recoger a los buenos. En cambio el ángel tiene la misión de cortar las uvas, los malos, para colocarlas en el gran lagar de la ira de Dios. Es el momento del juicio. Salvación para los buenos y condenación para los malos. Al ser pisadas las uvas —los malos— en el lagar de la ira de Dios –en su juicio– brota tanta sangre que llega hasta los frenos de los caballos. Una imagen para indicar la condenación de muchos que desperdiciaron la infinidad de Gracia que Dios les otorgó para su salvación.

El especialista de la Biblia, Alonso Shökel, hace notar que el Evangelio nunca presenta a Jesús como Juez, sino como un amigo que nos invita a arreglar nuestros asuntos mientras vamos de camino. Nos advierte que no debemos llegar al tribunal con cuentas pendientes porque allí El tendrá que ser el justo juez. El Evangelio presenta a Jesús como Juez, pero al final de los tiempos, cuando ya se habrá terminado el tiempo de la Gracia.

Toda nuestra vida es una continua conversión para ir arrancando la cizaña que se va introduciendo en nuestra vida, para que, al llegar ante el trono del Señor, seamos trigo puro que pueda ser cortado por Jesús para ser depositado en los graneros del cielo.

15. El doble cántico

Un capítulo brevísimo. Sirve como introducción a los siguientes tres capítulos, que se refieren, con abundancia de imágenes, al juicio de Dios sobre los que no se convierten ante los signos terribles que Dios hace para llamar al arrepentimiento:

Ap 15, 1-4:

Cántico de Moisés
Cántico del Cordero

> "Vi en el cielo otra señal magnífica y sorprendentes: Siete ángeles que llevaban siete plagas, las últimas, pues con ellas se puso fin al furor de Dios. Vi una especie de mar de vidrio veteado de fuego; en la orilla estaban de pie los que habían vencido a la bestia, a su imagen y al número que es cifra de su nombre; tenían en la mano las arpas que Dios les había dado. Cantaban el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo:
>
> 'Grandes y admirables son tus obras, Señor Dios soberano de todo; justos y verdaderos tus caminos, Rey de las naciones. ¿Quién no te temerá?, ¿quién no dará gloria a tu nombre, si tú solo eres santo?

Todas las naciones vendrán, y se postrarán ante ti, porque tus justas sentencias han quedado manifiestas'".

En sus visiones, Juan se sirve de varios grupos de "siete" para hablar de las calamidades que vendrán sobre el mundo como juicio de Dios para purificarlo y llamarlo a la conversión. Primero, los siete sellos; luego las siete trompetas; ahora las siete copas de la ira de Dios.

Antes de que las siete copas de la ira de Dios –su justicia– sean derramadas sobre el mundo, aparecen los bienaventurados del cielo, con arpas en las manos, bendiciendo a Dios. Están frente a un mar de vidrio. Este dato es significativo porque, en la Biblia, el mar indica fuerzas malignas. Ahora, el mar ya se ha calmado para los bienaventurados del cielo: la paz de Dios los inunda.

Los bienaventurados entonan dos cánticos: uno es el de Moisés, otro es el cántico del Cordero. En el capítulo 15 del Exodo se encuentra el cántico que Moisés entonó cuando el pueblo de Israel pudo pasar victoriosamente el Mar Rojo hacia la libertad. Los bienaventurados han concluido ya su éxodo; han atravesado su Mar Rojo de tribulaciones. Ahora, como los israelitas en el desierto, entonan un himno de alabanza a Dios.

El himno del Cordero, que aquí se expone, alaba a Jesús, que es el Cordero de Dios, por sus obras maravillosas, por sus sabios proyectos y por sus justas sentencias.

Ap 15, 5-8:

Las siete plagas

"Después, en la visión, se abrió en el cielo el Santuario de la tienda del encuentro y salieron del Santuario los siete

ángeles que llevaban las siete plagas, vestidos de lino puro esplendente y ceñidos con cinturones dorados a la altura del pecho. Uno de los cuatro vivientes repartió a los siete ángeles siete copas de oro llenas hasta el borde de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. El humo de la gloria de Dios y de su potencia llenó el Santuario; nadie podía entrar en él hasta que no se terminaran las siete plagas de los siete ángeles".

De "la tienda de los encuentros" salen los siete ángeles. Van vestidos con ornamentos sacerdotales. El sacerdote, cuando iba a oficiar, llevaba túnica de lino blanco y un cinturón de oro a la altura del pecho. Con este dato se quiere acentuar que los ángeles son como sacerdotes de Dios para cumplir sus misiones.

Parece raro que aquí se compare la gloria de Dios con el humo negro que llena el santuario. Hay una explicación: los planes de Dios son "muy oscuros", pero son para su gloria, para su alabanza siempre y para el bien de sus hijos los hombres. El Santuario queda cerrado hasta que los ángeles hayan derramado las siete copas de la ira de Dios.

16. Las plagas

En el anterior capítulo se describía a los siete ángeles que salen de la "tienda de los encuentros" para ir a derramar las copas de la ira de Dios en el mundo. En este nuevo capítulo, se habla de cada una de las plagas:

Ap 16, 1-11:
Las primeras cinco plagas

> "Oí una voz potente que salía del santuario y decía a los siete ángeles: 'Vayan a derramar en la tierra las siete copas de la ira de Dios'.
>
> Se alejó el primero, derramó su copa en la tierra y apareció una llaga maligna y enconada en los hombres que llevaban la marca de la bestia y veneraban su imagen. El segundo derramó su copa en el mar y el mar se convirtió en sangre de muerto; todo animal murió. El tercero derramó su copa en los ríos y manantiales y se convirtieron en sangre. Oí que el ángel de las aguas decía: 'Tú el que eras y eres, el santo, eres justo al dar esta sentencia: a los que derramaron sangre de consagrados y profetas les diste a beber sangre. Se lo merecen'.

Y oí que el altar decía: 'Así es Señor Dios, soberano de todo, tus sentencias son rectas y justas'.

El cuarto derramó su copa en el sol e hizo que quemara a los hombres con su ardor; los hombres sufrieron quemaduras por el enorme calor y maldecían el nombre de Dios que dispone de tales plagas, en vez de arrepentirse y darle gloria. El quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia y su reino quedó en tinieblas; los hombres se mordían la lengua de dolor y maldecían al Dios del cielo por los dolores y las llagas, pero no enmendaron su conducta".

En estas cinco primeras plagas, por medio de imágenes impresionistas, se va especificando el juicio de Dios sobre el mundo. Su intención es purificarlo. Estas plagas tienen mucha similitud con las plagas de Egipto.

Hay que tener muy presente que, cuando se habla de la llaga maligna, se pone de relieve que esta plaga sólo llega a los que estaban "marcados" con el signo de la bestia. Esto nos hace recordar que las plagas de Egipto causaban daño directamente a los egipcios, mientras los del pueblo de Dios estaban a salvo. Esto es importante, pues, al final de los tiempos, ante el juicio de Dios, los cristianos fieles deben permanecer en la plena seguridad de que la bendición de Dios, a pesar de todo, continúa amparándolos en todo momento.

Otro dato que hay que destacar es que las plagas no logran su cometido. Los hombres, en lugar de convertirse, terminan por maldecir a Dios.

Y, ahora, las dos últimas plagas:

Ap 16, 12-21:

La sexta plaga

> "El sexto derramó su copa sobre el gran río, el Eufrates, y se quedó seco dejando preparado el camino a los reyes que vienen del Oriente. De la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta vi salir tres espíritus inmundos en forma de ranas. Los espíritus eran demonios con poder de efectuar señales y se dirigían a los reyes de la tierra entera con el fin de reunirlos para la batalla del gran día de Dios, soberano de todo. Miren, voy a llegar como un ladrón. Dichoso el que está en vela con la ropa puesta, así no tendrá que pasear desnudo dejando ver sus vergüenzas. Y los reunieron en el lugar llamado, en hebreo, Harmagedón".

Al ser derramada la sexta copa, queda seco el cauce del río Eufrates. Se anticipa que por allí vendrán los reyes de Oriente contra Roma. Seguramente se refiere a los partos, que contaban con una caballería muy poderosa que infundía miedo en los romanos.

Juan afirma que ve salir unos espíritus demoníacos con forma de rana de la boca del dragón, del Anticristo y del falso profeta. Las ranas, en este caso, sirven para resaltar que los signos que hacen son falsos. Las ranas, al croar, hacen mucha bulla, pero no logran cantar como los pájaros. Los espíritus demoníacos causan sensación, pero, en resumidas cuentas, se quedan por detrás del poder de Dios.

Mientras se habla de esta plaga, de pronto, se oye una voz; no se dice de quién es; pero nosotros sabemos que

es la voz de Jesús que repite lo mismo que ya había dicho en el Evangelio: llegará como un ladrón. El remedio para no ser sorprendidos es permanecer vigilantes, escrutando los signos de los tiempos y en comunión con Dios.

El dragón, el Anticristo y el falso profeta, con sus falaces signos, fascinan a los reyes, que van a formar un solo frente contra Dios; pero todos ellos van a ser derrotados en Harmagedón. Era un lugar recordado con tristeza por los judíos, porque allí habían sufrido una humillante derrota.

Ahora, se habla de la última plaga:

Ap 16, 17-21:

La séptima plaga

> "El séptimo derramó su copa en el aire, y del interior del Santuario salió una voz potente que venía del trono y decía: '¡Hecho está!' Se produjeron relámpagos, estampidos y truenos, y un terremoto tan violento que desde que hay hombres en la tierra no se ha producido terremoto de tal magnitud. La gran ciudad se hizo tres pedazos y las capitales de las naciones se derrumbaron. Recordaron a Dios que hiciera beber a la gran Babilonia la copa de vino del furor de su cólera. Todas las islas huyeron, los montes desaparecieron. Granizos como adoquines cayeron del cielo sobre los hombres, y los hombres maldijeron a Dios por el daño del granizo, pues el daño que había era terrible".

La última plaga es descrita con rasgos terroríficos: truenos, relámpagos, un terremoto nunca visto, que parte

la ciudad en tres pedazos. Además, una lluvia de granizo, como piedras, asola la ciudad. Pero, nuevamente, los hombres, en lugar de convertirse, maldicen a Dios.

El corazón humano es duro. No bastan las plagas que Dios permite para que se convierta. Los egipcios, se asustaban ante las plagas. Parecía que llegaba la conversión, pero, una vez recuperados del susto, volvían a su rebeldía contra Dios. Este es el peligroso misterio del corazón humano, que puede resistir a Dios y echar a perder la oportunidad de conversión y salvación que Dios siempre busca concederle.

17. Mujer vestida de púrpura y escarlata

En este capítulo, y también en el siguiente, se detallan los acontecimientos relacionados con la condenación de la gran Babilonia. Para los cristianos, Babilonia era el símbolo de la perversión, de la rebeldía contra Dios. En estos capítulos, san Juan habla en clave para que los cristianos no tengan problemas y no se les complique su situación. Para san Juan, la nueva Babilonia es Roma, la esencia de la perversión y la impiedad en la época en que se escribió el Apocalipsis.

San Juan se encuentra en prisión. Los cristianos están viviendo uno de los períodos más duros de la historia de la Iglesia: una persecución violenta y sanguinaria. En esta visión, ya desde ahora, se les está anunciando a los cristianos que esa orgullosa e invencible Roma, será castigada y caerá aparatosamente. Por eso, cuando en el texto, nosotros leemos Babilonia, tenemos que recordar que esa Babilonia es la misma Roma del tiempo de san Juan.

Ap 17, 1-6:

La gran prostituta

> "Se acercó uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y me habló así: 'Ven acá, voy a mostrarte la sentencia de la gran prostituta que está sentada sobre muchas aguas, con la que han fornicado los reyes de la tierra, la que ha emborrachado a los habitantes con el vino de su prostitución'. En ésxtasis me llevó a un desierto. Vi allí una mujer montada en una bestia escarlata, cubierta de títulos blasfemos, que tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer iba vestida de púrpura y escarlata y enjoyada con oro, pedrería y perlas. Tenía en la mano una copa de oro llena hasta el borde de abominaciones y de las inmundicias de su fornicación; en la frente llevaba escrito un nombre enigmático: 'La gran Babilonia, madre de las prostitutas y de las abominaciones de la tierra, Vi que la mujer estaba borracha de la sangre de los santos y de la sangre de los testigos de Jesús".

Babilonia estaba cruzada por muchos canales; por eso es descrita como "sentada sobre muchas aguas". Se la llama "la gran prostituta". Tal vez este apelativo desagrade, de entrada. Hay que recordar que en el Antiguo Testamento, también se llama prostituta a la ciudad que se aleja de Dios por medio de sus adulterios espirituales. A Babilonia se la presenta en estado de ebriedad. Se afirma que ha pervertido a muchos con sus prostituciones. Para san Juan, esta gran prostituta es la misma Roma. Está hablando en clave para los cristianos. Los paganos no captan lo que Juan está diciendo. Los cristianos, por el contrario, saben muy bien a quién se refiere san Juan.

San Juan continúa compartiendo con los fieles uno de sus éxtasis: se vio en un desierto —lugar del encuentro con Dios, según la Biblia—; allí vio una mujer montada sobre una bestia de color rojo. La bestia tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer iba vestida y enjoyada; en la mano llevaba una copa con sus abominaciones, y en la frente tenía una cinta con su nombre: La gran Babilonia, madre de las prostitutas y borracha con la sangre de los mártires. Las prostitutas de Roma, en esa época, llevaban también en la frente una cinta con su nombre.

En la visión, un ángel comienza a ayudarle al vidente a identificar a esa mujer vestida de púrpura, y a la bestia de rojo:

Ap 17, 7-14:

La mujer y la bestia

"El ángel me dijo: '¿Por qué razón te admiras? Yo te explicaré el simbolismo de la mujer y de la bestia que la lleva, la de las siete cabezas y los diez cuernos. La bestia que viste estuvo ahí, ahora no está, pero va a salir del infierno para ir a su ruina. Los habitantes de la tierra cuyo nombre no está escrito desde la creación del mundo en el libro de la vida se sorprenderán al ver que la bestia, que estaba ahí y ahora no está, se presenta de nuevo.

¡Aquí de la inteligencia, el que tenga talento! Las siete cabezas son siete colinas donde está asentada la mujer, y siete reyes, cinco cayeron, uno está ahí, otro no ha llegado todavía y cuando llegue, durará poco tiempo. La bestia que estaba ahí y ahora no está es el octavo y al mismo tiempo uno de los siete, y va a su ruina.

> Los diez cuernos que viste son también diez reyes que aún no han comenzado a reinar, pero que recibirán autoridad por breve tiempo asociados a la bestia. Estos, de común acuerdo, cederán sus fuerzas y su autoridad a la bestia. Combatirán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá porque es Señor de señores y Rey de reyes, y los llamados a acompañarlo son escogidos y fieles".

Se dice que la bestia "estuvo y ya no está, pero va a volver". Aquí, nuevamente, se hace alusión a la leyenda acerca de "Nerón resucitado". Nerón, el demente y feroz perseguidor de los cristianos. Se decía que no había muerto: que volvería al frente de los partos para reconquistar el poder de Roma. Nerón representa el imperio romano que obliga a adorar al emperador y mata a los cristianos que se niegan a hacerlo. "El Nerón redivivo", al que se refiere san Juan, según algunos comentaristas, es el emperador Domiciano, que durante la época de san Juan persiguió a los cristianos con peor saña que la de Nerón.

Las siete cabezas de la bestia son las siete colinas sobre las que está la ciudad de Roma. Las siete cabezas, también representan a siete emperadores romanos. Aquí, los comentaristas de la Biblia se esfuerzan en buscar los nombres de esos siete emperadores. Son varias las listas que nos presentan. Los diez cuernos de la bestia son diez reyes con los cuales Roma ha entrado en componendas para unirse y combatir a Dios. Se le anticipa a Juan que todos van a ser vencidos por el Cordero, es decir, por Jesús. La única arma de Jesús es su sangre preciosa derramada en la cruz por la salvación del mundo.

Entonces, en la clave en la que san Juan está hablando, la mujer prostituta, que está sentada sobre la bestia, es la Roma imperial del tiempo de san Juan. La bestia sobre la que está sentada es el emperador romano, el Anticristo de ese tiempo, que propicia el culto divino a su persona.

En algunos comentarios de autores protestantes, se toma este pasaje del Apocalipsis para afirmar que "la gran prostituta", de la que aquí se habla, es la Iglesia Católica, y que la bestia, sobre la que está montada, es el Papa, el Anticristo. Cuando uno lee estos comentarios, constata hasta dónde puede llevar a un escritor el "resentimiento" contra todo lo católico: hasta manipular el libro Sagrado, la Santa Biblia. Si estos escritores se acercaran, sin prejuicios, a los escritos de los primeros cristianos, los Santos Padres, se darían cuenta de que los Santos Padres, que estuvieron más cerca de los Apóstoles algunos fueron sus discípulos- nunca interpretaron el Apocalipsis como ellos lo interpretan. Por otra parte, a la par de estos escritores protestantes, llenos de resentimiento contra la Iglesia Católica, abundan otros, también protestantes, que de ninguna manera están de acuerdo con esas interpretaciones arbitrarias, y que han escrito serios y bellos comentarios acerca del Apocalipsis.

Este capítulo va a concluir describiendo con antelación el terrible fin que tendrá la Roma imperial del tiempo de san Juan.

Ap 17, 15-18:
Los diez cuernos

> "Y añadió: 'El océano donde viste sentada a la prostituta, son pueblos y masas, naciones y lenguas.
>
> Pero los diez cuernos, que viste, y la bestia van a tomar odio a la prostituta y a dejarla asolada y desnuda; se comerán su carne y la destruirán con fuego, Dios les ha metido en la cabeza que ejecuten su designio; por eso, llegando a un acuerdo, cederán su realeza a la bestia hasta que se cumpla lo que Dios ha dicho. Por último, la mujer que vistes es la gran ciudad, emperatriz de los reyes de la tierra'".

El mal trae dentro de sí mismo la destrucción al principio, Roma y diez reyes parecen estar muy de acuerdo; pero, estos mismos reyes son los que se van a aliar contra la misma Roma para destruirla.

La gran Babilonia, aquí, representa a la Roma imperial del tiempo de san Juan. La bestia, como ya se ha explicado también en el capítulo trece, es el Anticristo, que tiene poder e inteligencia para ir contra el reinado de Dios. Esta gran Babilonia, la gran prostituta, simboliza también a todos los centros de poder que se oponen al reinado de Dios. Por momentos parecen invencibles, poderosísimos, pero dentro de ellos mismos traen el cáncer de su perdición: el juicio de Dios contra ellos.

18. La gran Babilonia

Este capítulo es complemento del anterior: aquí se amplía la información acerca de lo que será la condenación de la gran Babilonia, es decir, de la Roma imperial, prototipo de lo que es una ciudad pagana, alejada de Dios y sumida en toda clase de vicios. Desde su prisión, en Patmos, san Juan ya da por un hecho la futura caída de Roma, el juicio severísimo de Dios sobre ella por haber asesinado a tantos mártires.

Ap 18, 1-8:

Condenación de la Babilonia

"Vi después otro ángel que bajaba del cielo; venía con gran autoridad y su resplandor iluminó la tierra. Gritó a pleno pulmón: '¡Cayó, cayó la gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios, en guarida de todo espíritu impuro, en guarida de todo pájaro inmundo y repugnante; porque el vino del furor de su fornicación lo han bebido todas las naciones, los reyes de la tierra fornicarón con ella y los comerciantes se hicieron ricos con su lujo desaforado'.

> Y oí otra voz del cielo que decía: 'Pueblo mío, sal de ella para no hacerte cómplice de sus pecados ni víctima de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus crímenes. Páguenle con su misma moneda, devuélvanle el doble de lo que ha hecho, mézclenle en la copa el doble de lo que ella mezcló. En proporción a su fasto y a su lujo, denle tormento y duelo. Ella solía decirse: Sentada estoy como una reina, viuda no soy y duelo nunca veré; por eso el mismo día le llegarán todas sus plagas, epidemias, duelo y hambre, y el fuego la abrasará, porque es fuerte el Señor Dios que la juzga'".

Un ángel proclama a voz en cuello la definitiva condenación de la gran Babilonia –Roma– porque se ha convertido en morada de los demonios y porque ha sido como una prostituta que ha fornicado con muchos reyes de la tierra.

Al mismo tiempo que se habla de la condenación de la Roma de los emperadores, que se hacían adorar como dioses, se invita a los cristianos a salir de la ciudad para no contaminarse con sus crímenes. Esta invitación a los cristianos nos hace recordar a Lot. El Señor lo invitó a huir de la perversa Sodoma. Todo cristiano es invitado a no contaminarse con el paganismo del mundo. No se le invita a vivir como un extraño, sino a no dejarse envolver en el torbellino de pecado de toda ciudad apartada de los criterios del Evangelio.

A continuación, san Juan, dramáticamente, pone las lamentaciones que van a hacer todas las gentes que, de alguna forma, estuvieron ligadas con Roma y que participaron en su paganismo y rebeldía contra Dios.

Ap 18, 9-14:

Lamento por Babilonia

> "Llorarán y plañirán por ella los reyes de la tierra que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean el humo de su incendio; manteniéndose a distancia por miedo de su tormento dirán: '¡Ay, ay de la gran ciudad, de Babilonia, la ciudad poderosa! ¡Que haya bastado una hora para que llegue tu castigo!'.
>
> También los comerciantes de la tierra llorarán y plañirán por ella, porque su cargamento ya no lo compra nadie; el cargamento de oro y plata, pedrería y perlas; de lino, púrpura, seda y escarlata, toda la madera de sándalo, los objetos de marfil y de maderas preciosas, de bronce, hierro y mármol: la canela, el clavo y las especias, perfume e incienso, vino y aceite, flor de harina y trigo, ganado mayor y menor, caballos, carros, esclavos y siervos. La fruta de otoño, que excitaba tu apetito, se alejó de ti, toda opulencia y esplendor se acabó para ti, y nunca volverán".

Muy literariamente san Juan va exponiendo las lamentaciones de los reyes y de los comerciantes. Todos lloran la caída aparatosa de Babilonia –Roma–, en una sola hora, es decir, en breve tiempo. La característica de estos lamentos, es que los que lloran lo hacen, no por amor a Roma, sino por amor a sí mismos: con la caída de Roma pierden sus intereses de tipo social y comercial que tenían con la ciudad imperial.

Siempre con el mismo tono literario, continúa san Juan narrando las lamentaciones de otros grupos de personas que se conduelen por la caída de Roma.

Ap 18, 17-20:

Una hora

"También los pilotos, los que navegan de puerto a puerto, los marineros y cuantos vienen del mar se detuvieron a distancia y gritaban al ver el humo de incendio: '¿Quién podía compararse con la gran ciudad?'. Se hecharon polvo en la cabeza y gritaban llorando y lamentándose: '¡Ay, ay de la gran ciudad donde se hicieron ricos todos los armadores por lo elevado de sus precios! ¡Que haya bastado una hora para asolarla!'. ¡Regocíjense, cielos, por lo que le pasa y también ustedes, los santos, los apóstoles y los profetas! Porque, condenándola a ella, Dios ha reivindicado la causa de ustedes".

Los lamentos de los marineros ponen fin a la lista de los que plañían por la caída de Roma. Mientras unos se lamentan, se escucha una voz que invita a los santos del cielo a alegrarse de lo que está sucediendo porque ha llegado la hora de la justicia, de poner en claro que Dios estaba con ellos y no los había desamparado.

La escena de un ángel que lanza al mar una gran piedra de molino, va a poner fin a este capítulo tan dramático:

Ap 18, 21-24:

Sangre de profetas y de santos

"Un ángel vigoroso levantó una piedra grande como una rueda de molino y la tiró al mar diciendo: 'Así, de golpe, precipitarán a Babilonia, la gran metrópoli, y desaparecerá'. El son de arpistas y músicos, de flautas y trompetas,

no se oirá más en ti. Artífices de ningún arte habrá más en ti, ni murmullo de molino se oirá más en ti; ni luz de lámpara brillará más en ti, ni voz de novio y novia se oirá más en ti, porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra y con tus brujerías embaucaste a todas las naciones.Y en ella se encontró sangre de profetas y santos y de todos los degollados en la tierra".

Así se cierra este capítulo. Con abundancia de figuras literarias, san Juan ha descrito la condenación de la gran Babilonia, de la Roma imperial. La escena final: un ángel que lanza una enorme piedra de molino al mar. Así será sepultada para siempre la orgullosa, riquísima y pagana Roma.

Esto, que el vidente Juan aplica a Roma, es lo que sucede a toda ciudad orgullosa y pecadora que se aparta de Dios y busca impedir que se difunda el reinado de Dios.

19. Las Bodas del Cordero

Mientras meditábamos en los tres capítulos anteriores, por momentos, nos parecía estar perdidos en una selva oscura: todo era plaga y condenación para la ciudad pagana y rebelde al reinado de Dios. Ahora, en cambio, en el presente capítulo, es como que, de pronto, lográramos salir de la oscuridad y nos encontráramos con un sol radiante que nos llena de confianza y alegría.

El capítulo diecinueve del Apocalipsis lo podríamos titular: el capítulo de los aleluyas. "Aleluya" es una palabra hebrea que significa: "Alaben al Señor". De todo el Nuevo Testamento, sólo aquí se encuentra la palabra aleluya cuatro veces. Se reserva para este momento grandioso en que los bienaventurados del cielo celebran su salvación alabando a Dios, en un grandioso coro polifónico.

Ap 19, 1-6a:
¡Aleluya!

"Oí después, en el cielo, algo que recordaba el vocerío de una gran muchedumbre, cantaban: ¡Aleluya! ¡La salva-

ción, la gloria y el poder son de nuestro Dios; sus juicios son verdaderos y justos, pues condenó a la gran prostituta, que corrompía la tierra con su prostitución, y vengó en ella la sangre de sus siervos!

¡Aleluya! ¡Su humareda sube por los siglos de los siglos! Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron, y adoraron a Dios sentado en el trono, diciendo: ¡Amén! ¡Aleluya!

Entonces salió una voz desde de trono que decía: ¡Alaben a nuestro Dios todos sus siervos y los que le temen, pequeños y grandes.
Y oí una voz como de inmensa muchedumbre, como el estruendo de caudalosas aguas, y el estampido de fuertes truenos que decía:
¡Aleluya! Reinó el Señor nuestro Dios omnipotente. Alegrémonos; saltemos de júbilo; démosle la gloria, pues llegaron las bodas del Cordero y se ha engalanado su esposa; le han regalado un vestido de lino puro y deslumbrante: El lino son buenas obras de los santos.

Entonces me dijo: 'Escribe: Bienaventurados los llamados a la cena de las bodas del Cordero', Y añadió: 'Estas son palabras verdaderas de Dios'. Me postré a sus pies para adorarle, pero me dijo: '¡Mira, no lo hagas!: Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos que guardan el testimonio de Jesús. Adora a Dios.' El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía".

La muchedumbre de los bienaventurados del cielo alaban a Dios porque reconocen que sus juicios y sentencias son justos. Al condenar a Roma, que los combatía y mataba, Dios ha demostrado su justicia y su protección por su Iglesia.

De manera especial, los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes, que representan a la Iglesia triunfante en el cielo, muestran lo que debe ser una auténtica oración de alabanza. Primero, dicen: Amén. Luego, Aleluya. Toda oración de alabanza parte de la fe, del Amén, que nos lleva a aceptar en todo la incomprensible voluntad de Dios. Luego viene el Aleluya, por medio del que se alaba a Dios por todo lo que hace y permite.

Ante la invitación a la alabanza, de parte de los veinticuatro ancianos y de los cuatro seres vivientes, responde la muchedumbre con un himno grandioso a Dios.

A continuación, todos demuestran su júbilo porque ha llegado ya el momento de las bodas del Cordero con su esposa, la Iglesia, que llega vestida con túnica de lino blanco. En el Antiguo Testamento, con frecuencia, se describe la unión del hombre con Dios como un casamiento espiritual. Lo mismo se estila en los escritos de los místicos.

Toda la historia de la salvación está encaminada a esa boda solemne: el casamiento espiritual del Cordero –Jesús– con la Iglesia. Aquí, san Juan nos da un dato esencial: la condición para que la novia pueda recibir una vestidura de lino blanco son las "buenas obras". Nosotros no "ganamos" el cielo con nuestras buenas obras; éstas son, únicamente, la expresión concreta de nuestra fe en Jesús, que se traduce en obediencia a lo que el mismo Jesús nos manda. Durante su éxodo, la Iglesia —nosotros— se va preparando para su encuentro con Jesús. Condición indispensable para esa boda: una vestidura blanca, lavada en la sangre del Cordero.

Un ángel le garantiza a Juan que todo lo revelado es palabra de Dios. Juan se emociona y quiere adorar al ángel, pero éste le señala que sólo Dios puede ser adorado.

En seguida, san Juan nos comparte lo demás que vio en la visión del cielo:

Ap 19, 11-16:

Jinete en caballo blanco

> "Vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco; su jinete se llama el Fiel y el Veraz, porque es justo en el juicio y en la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, y en su cabeza hay muchas diademas; lleva escrito un nombre que nadie conoce, sino él; está vestido con un manto teñido de sangre, y su nombre es "Palabra de Dios". Los ejércitos celestes, vestidos de lino blanco y resplandeciente, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones; él las pastoreará con cetro de hierro; y él pisa el lagar del vino que contiene el furor de la ira de Dios omnipotente. En el manto y el muslo lleva escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores".

En el capítulo sexto, cuando se abrió el primer sello, apareció Jesús montado en un caballo blanco con un arco en la mano. Se decía allí: "Y se marchó victorioso para vencer otra vez" (Ap 6, 2b). Antes de romper los demás sellos, que hablan de calamidades y plagas, se ha presentado a Jesús en caballo blanco, para advertirnos que por encima de todas las tribulaciones, por las que tenga que pasar la Iglesia, está Jesús resucitado, victorioso, que nunca será vencido.

Ahora, hacia el final del Apocalipsis, después de todas las calamidades y tribulaciones por las que ha pasado la Iglesia, se muestra, nuevamente, a Jesús en caballo blanco, signo de victoria. Los generales romanos, cuando celebraban una victoria, iban montados en caballos blancos. La gente también se vestía de blanco para irlos a recibir. Jesús resucitado, aparece victorioso: llega para juzgar al mundo en el juicio final.

A Jesús victorioso se le llama Fiel y Veraz. Dos títulos que responden a lo que los bienaventurados del cielo han podido comprobar en sus vidas y en la historia de la salvación; por eso llaman Fiel y Veraz a Jesús. Las promesas de Jesús se han cumplido al pie de la letra. Jesús ha sido fiel. El es la Verdad.

Los ojos de Jesús victorioso se describen como "llama de fuego". No por su ira, sino por su sabiduría: todo lo ve, todo lo sabe. Al iniciar el Apocalipsis, cuando san Juan comienza a tener visiones y revelaciones, ya había visto a Jesús resucitado que se paseaba entre siete candelabros de oro –las siete Iglesias– y los veía a todos con "ojos de fuego", es decir, veía todo: sus alegrías y sus tristezas (Cf. Ap 1, 14).

En la cabeza Jesús lleva grabado un "nombre que sólo él conoce". En la Biblia, el nombre indica la personalidad del individuo. La personalidad de Jesús –Dios– no la puede conocer totalmente el ser humano, por eso se dice que lleva un nombre que sólo El conoce.

La capa que lleva Jesús esta teñida con sangre. No es la sangre de su pasión, pues según el mismo Apocalipsis (Ap 7, 14), la sangre de Cristo no mancha, sino lava las

vestiduras de los que llegan de la gran tribulación. Aquí, la sangre de la capa de Cristo es, simbólicamente, la sangre de los enemigos del Reino de Dios, que han sido derrotados.

A Jesús victorioso, aquí se le llama "Palabra de Dios". En su evangelio, el mismo san Juan afirma que Jesús es la Palabra de Dios, que se ha hecho carne y ha venido a vivir entre nosotros (Cf. Jn 1, 14). "Palabra de Dios" es uno de los más bellos apelativos que se puedan aplicar a Jesus. El es la Palabra de Dios que viene a vivir entre nosotros, viene a decirnos quién es Dios, qué es lo que Dios nos ordena, y cómo se llega a Dios.

En su visión, san Juan ve que de la boca de Jesús sale una espada afilada "para herir con ella a las naciones". Esta figura no nos es desconocida, pues ya en el primer capítulo del Apocalipsis (Cf. Ap 1, 16), Juan había visto a Jesús resucitado con una espada de dos filos que le salía de la boca: es Jesús que habla a su Iglesia con las mismas palabras del Evangelio. Es la Palabra de Dios que sigue hablando. Por la Carta a los hebreos (4, 12) sabemos que la Palabra de Dios es "espada de dos filos que se introduce hasta lo más profundo del corazón. Por medio de su Palabra –Palabra de Dios– Jesús va a juzgar a las naciones. Con base en el cumplimiento de su Palabra o en el rechazo de la misma, todos seremos juzgados. Jesús lo advirtió: "Bienaventurados, más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica" (Cf. Lc 11, 28).

En la capa de Jesús, junto al muslo, se ve un letrero que dice: "Rey de reyes y Señor de Señores". Es el gran título que se le da a Jesús en el último libro de la Biblia,

el Apocalipsis. El es el Señor. Es el Rey. Cuando le hemos abierto de par en par la puerta de nuestra casa –vida– a Jesús, y le hemos entregado las llaves de todas las habitaciones, en ese momento, el comienza a ser el Rey, el Señor de nuestra propia vida. En eso consiste el encuentro personal con Jesús.

Este capítulo va a concluir con la invitación de un ángel a las aves de rapiña para que tengan un banquete con los cadáveres de los que han sido derrotados por el jinete del caballo blanco.

Ap 19, 17-21:

Lago de azufre y de fuego

> "Vi entonces un ángel de pie en el sol, que dio un grito estentóreo, diciendo a todas las aves que vuelan por mitad del cielo: 'Vengan acá, reúnanse para el gran banquete de Dios, comerán carne de res, carne de generales, carne de valientes, carne de caballos y de jinetes, carne de hombres de toda clase, libres y esclavos, pequeños y grandes'.
>
> Vi a la bestia y a los reyes de la tierra con sus tropas, reunidos para hacer la guerra contra el jinete del caballo y su ejército. Capturaron a la bestia y con ella al falso profeta, que efectuaba señales a su vista, extraviando con ellas a los que llevaban la marca de la bestia y veneraban su estatua. A los dos los echaron vivos en el lago de azufre y de fuego. A los demás los mató el jinete con la espada que sale de su boca, y las aves todas se hartaron de su carne".

Este capítulo se cierra con la victoria de Jesús sobre todos los poderes que obstaculizan el reinado de Dios.

Son capturados el Anticristo y su falso profeta. Son echados al lago de azufre y fuego. Para el dragón rojo –el diablo– el Apocalipsis reserva una estampa especial en que será también lanzado al lago de fuego y de azufre por toda la eternidad. El lago de fuego y azufre simboliza al infierno.

20. El dragón encadenado

El capítulo veinte ha dado origen a interpretaciones erróneas acerca del final de los tiempos. Es por eso muy importante tener una idea clara acerca de lo que enseña el magisterio de la Iglesia Católica al respecto.

San Juan, en este capítulo, comparte con las comunidades cristianas lo que se le ha revelado con respecto al final de los tiempos; lo hace a base de imágenes literarias. De aquí se desprende, lo determinante que es saber interpretar, equilibradamente, las imágenes que emplea san Juan en este capítulo.

Ap 20, 1-6:
Encadenado por mil años

"Vi un ángel que bajaba del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Apresó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello en él, para que no seduzca más a las naciones hasta que pasen mil años.

Después debe ser soltado por poco tiempo.

Vi también unos tronos; a los que se sentaron en ellos se les dio potestad de juzgar y vi las almas de los degollados por dar testimonio de Jesús y de la Palabra de Dios, y a los que no adoraron a la bestia ni su imagen, ni recibieron la marca en su frente ni en su mano. Revivieron y reinaron con Cristo mil años. Los demás muertos no revivieron hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la resurrección primera.

Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera. Sobre éstos la muerte segunda no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años".

Ante todo, este "abismo", del que se habla aquí, no es el infierno. Es un recurso literario por medio del cual se quiere revelar que habrá un momento de la historia en que el espíritu del mal quedará privado de su poder durante larguísimo tiempo. San Juan, aquí, al referirse al espíritu del mal, le da varios apelativos con los que ya lo había mencionado antes: "dragón", "serpiente antigua", "diablo", "Satanás".

Este dato de los "mil años" ha sido tomado por algunos literalmente, y de allí ha surgido la teoría llamada "milenarismo", que sostiene que antes del fin del mundo, Satanás será encadenado y Jesús vendrá a la tierra a reinar durante mil años, en compañía de los que le fueron fieles. Este período se caracterizará por la justicia y la paz. Después de esto, nuevamente, el diablo será soltado para la batalla final. Luego será el fin del mundo. Esta teoría la sostuvieron algunos personajes importantes de la Iglesia en los dos primeros siglos. Nunca la Iglesia aceptó universalmente el "milenarismo".

A pesar de las varias opiniones, entre los comentaristas católicos prevalece la mentalidad de que esos "mil años", a que se alude en este capítulo, no deben entenderse en sentido matemático, sino simbólico. Los mil años indican el "larguísimo tiempo del reinado de Dios" en contraposición con el "corto tiempo" de la acción diabólica en el mundo.

Muchos comentaristas católicos están de acuerdo con san Agustín, que decía que los "mil años" del reinado de Cristo antes del fin del mundo, comenzaron desde el momento de la Encarnación de Jesús. Al morir y resucitar Jesús, venció al diablo. Le quitó su poder sobre los que aceptan a Jesús y, por la fe, reciben la gracia necesaria para no ser derrotados por las insidias de Satanás.

En cuanto a la "primera resurrección", que se les concede a algunos bienaventurados para reinar con Cristo, se trata de la participación que ya tienen, en el cielo, de la resurrección con Jesús, en espera de la "segunda resurrección", al final de los tiempos, cuando gozarán también de la resurrección de los cuerpos.

Los santos del cielo tienen un ministerio sacerdotal junto a Jesús: se unen al intercesor Jesús para rogar por los de la Iglesia peregrina, los santos de la tierra, que todavía tienen que enfrentarse contra fuerzas demoníacas. Para los santos del cielo, la "primera muerte" los ha llevado a su "primera resurrección".

En el Apocalipsis, se alude a la "segunda muerte para indicar la condenación eterna de los que mueren en rebeldía contra Dios. Para los santos del cielo ya no hay

posibilidad de "segunda muerte", pues ya han comenzado a participar en la resurrección de Jesús. Gozan de Dios en espera del fin del mundo. Entre tanto, colaboran con Jesús para que se expanda el reinado de Dios. El mismo libro del Apocalipsis muestra simbólicamente a los santos del cielo que, en incensarios de oro, presentan a Dios las oraciones de los santos de la tierra, es decir, de los cristianos, que fueron consagrados a Dios en el bautismo (Cf. Ap 5, 8).

En resumidas cuentas, la Iglesia Católica no acepta el "milenarismo". Los "mil años" a los que se refiere san Juan en el Apocalipsis, los interpreta simbólicamente, ya que el tiempo de Dios es distinto del de los hombres. Así lo entendió también el primer Papa de la Iglesia, san Pedro, cuando escribió: "No pierdan de vista una cosa: para el Señor un día es como mil años y mil años como un día" (2P 3, 8).

Hay que hacer notar también que el "milenarismo", en la actualidad, es sostenido por algunos grupos protestantes, que, muchas veces, fantasean acerca de lo que será el paraíso en la tierra, cuando vuelva Jesús para reinar durante mil años.

La segunda parte de este capítulo está dedicada a describir cómo será la derrota definitiva de Satanás, el juicio universal de los hombres.

Ap 20, 7-15:

Gog y Magog

"Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá para seducir a las naciones

que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra, siendo innumerables como la arena del mar. Subieron a la llanura y cercaron del campamento de los santos y la ciudad predilecta, pero bajó fuego del cielo y los devoró. El diablo, que los había engañado, lo arrojaron al lago de fuego y azufre con la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Luego vi un trono blanco y grande, y al que estaba sentado en él. A su presencia desaparecieron cielo y tierra, porque no hay sitio para ellos. Vi a los muertos, pequeños y grandes, de pie ante el trono. Se abrieron los libros y se abrió otro libro, el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados según sus obras, escritas en los libros. El mar entregó sus muertos; Muerte y Hades entregaron sus muertos y todos fueron juzgados según sus obras.

Después Muerte y Hades fueron arrojados al lago de fuego –el lago de fuego es la segunda muerte– Los que no estaban escritos en el libro de la vida fueron arrojados al lago de fuego".

Después de los mil años, es decir, después del "largo tiempo de Dios", se le devolverá su poder a Satanás "por corto tiempo". Durante este lapso, el diablo juntará a todos sus seguidores, a Gog y Magog, para dar la batalla final contra Dios. Gog y Magog son dos personajes de los cuales habla el profeta Ezequiel en sus capítulos 38 y 39. Con el correr del tiempo, Gog y Magog, para el pueblo judío pasaron a representar todo lo que va contra Dios.

El diablo es derrotado y lanzado a un "lago de fuego", que simbólicamente, significa el infierno. Con claridad se afirma que allí permanecerá "por los siglos de los si-

glos". En el Evangelio, Jesús habla, concretamente, acerca de la "eternidad" del infierno. Aquí, a san Juan, se le revela también la "eternidad" del infierno.

Como contrapartida de esta escena de tonos oscuros, se exhibe otra de una luz brillante. Se trata del trono blanco en el que aparece Dios para juzgar a todo el género humano. El mar, la Muerte, el Hades entregan a sus muertos. Según el pensamiento judío, el Hades era el lugar a donde iban a parar los muertos. Aquí, en la visión de san Juan, todos los muertos son entregados para que puedan presentarse al juicio final.

Para hablar del juicio de Dios sobre la humanidad, se emplea una figura muy significativa: se describe a Dios con dos libros. Uno, es el libro de la vida: allí están los nombres de los que se van a salvar. En el otro libro están las obras de los que van a ser juzgados. Esta imagen tiene un sentido muy bello. Dios nos ha destinado para que seamos felices eternarnente en el cielo. Pero, si nuestras obras no son una respuesta de amor, conforme al Evangelio, nuestros nombres quedan borrados del libro de la vida.

Todo va a concluir, como Jesús ya lo había predicho en el Evangelio. Para unos comenzará la glorificación eterna. Otros serán lanzados al lago de fuego –el infierno– para toda la eternidad. El Apocalipsis, anota que "la segunda muerte" consiste, precisamente en la condenación eterna.

De esta manera, el libro del Apocalipsis expone, por adelantado, cómo terminará la terrorífica historia del diablo y de sus seguidores.

21. La nueva Jerusalén

En este capítulo, san Juan comienza afirmando que en su visión no vio el mar. Dato muy indicativo porque, en el Antiguo Testamento, el mar es el lugar de las fuerzas demoníacas. Ahora, esas fuerzas del mal ya han sido privadas de su poder maléfico para siempre. Los hombres ya fueron juzgados; ya ha quedado definida la historia del mundo: de un lado están los bienaventurados, y del otro, los condenados. Es, en este momento, cuando Dios quiere mostrar, por adelantado, a los hombres que sufren en la tierra, cómo será el lugar que les tiene preparado en la eternidad a los que salgan vencedores. A esta situación de gozo eterno, Dios mismo, en su revelación lo llama "cielo nuevo y tierra nueva".

Ap 21, 1-3:

Cielo nuevo y tierra nueva

"Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una

> novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono: 'Esta es la morada de Dios con los hombres. Acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque lo de antes ha pasado'".

En contraste con la gran Babilonia, la ciudad pagana por excelencia –la Roma imperial–, ahora se manifiesta la ciudad santa: se le llama la nueva Jerusalén. En toda la Biblia, Jerusalén es la ciudad de Dios, la ciudad santa. Ahora la nueva Jerusalén está formada por todos los bienaventurados del cielo, los que se han salvado. Esa nueva Jerusalén se describe como una novia bien arreglada que "baja" para su boda con el Cordero, con Jesús. Nuevamente, aquí, se emplea el recurso literario del matrimonio místico para indicar la unión total de Jesús con su Iglesia triunfante, formada por todos los que se han salvado y que pertenenecen no sólo al pueblo de Israel, sino a todo el mundo.

Por primera vez, en el Apocalipsis, se va a escuchar la voz de Dios mismo, que sale del trono. No se describe a Dios con un rostro humano. Solamente se oye su voz que explica en qué consiste la esencia de la nueva Jerusalén: la ciudad santa es la morada de Dios con los hombres. Es el nuevo Tabernáculo. Durante el desierto, el Tabernáculo era el lugar de la manifestación de Dios a su pueblo de Israel. Ahora, Dios está con los que se han salvado y que pertenecen no sólo al pueblo de Israel, sino a todo el mundo.

Dios manifiesta que en la nueva Jerusalén –el cielo– ya no habrá lugar para las lágrimas, ni para la muerte, el

dolor y el llanto. Las lágrimas, el llanto son la expresión del sufrimiento que acompaña al ser humano durante su peregrinaje por el mundo. La muerte es la que, de improviso, llega para robarnos a nuestros seres queridos y nos deja sumidos en el luto. Todas esas tribulaciones no existirán en el cielo. Habrá lo contrario a esas cosas, que tanto nos hicieron sufrir. Ahora comienza la nueva existencia de gozo eterno en la morada de Dios con los hombres.

La voz de Dios continúa ampliando en qué consiste la felicidad en la nueva Jerusalén. Dios asegura que calmará la sed de los sedientos, con "agua viva". Todo ser humano es un sediento de eternidad: aquí en la tierra no hay nada que lo pueda saciar totalmente. Muy bien lo expresó san Agustín cuando escribió: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti". En la nueva Jerusalén, el ser humano encontrará respuesta a todos sus cuestionamientos. Quedará totalmente saciado con el agua viva —el agua que sólo Dios puede proporcionar—. Sobre todo, se sentirá como nunca "hijo de Dios", en su "propia casa", hacia la que había peregrinado durante toda su existencia.

Despues de que Dios ha explicado en qué consiste la esencia de la felicidad eterna, llega un ángel para introducir a Juan, en visión, en la nueva Jerusalén. Cuando san Juan quiso compartir con las comunidades cristianas lo que había visto en la visión celestial, se dio cuenta de que tenía que echar mano de imágenes y figuras literarias para poder balbucear algo acerca de la ciudad santa que le fue mostrada.

Ap 21, 9-21:

La nueva Jerusalén por fuera

"Se acercó uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas últimas y me habló así: 'Ven acá, voy a mostrarte a la novia, a la esposa del Cordero'.

Me transportó, en éxtasis, a un monte altísimo, y me enseñó la ciudad santa, Jerusalén, que baja del cielo, enviada por Dios trayendo la gloria de Dios. Brillaba como una piedra preciosa, como jaspe traslúcido. Tenía una muralla grande y alta y doce puertas custodiadas por doce ángeles, con doce nombres grabados, los nombres de las tribus de Israel. Al oriente tres puertas, al norte tres puertas; al sur tres puertas y al occidente tres puertas; la muralla tenía doce basamentos que llevaban doce nombres los nombres: de Apóstoles del Cordero.

El que me hablaba tenía una vara de medir de oro, para medir la ciudad, las puertas y la muralla. La puerta de la ciudad era cuadrada, igual de ancha que de larga. Midió la ciudad con la vara y resultaron doce mil estadios; la longitud, la anchura y la altura son iguales.

Midió la muralla: ciento cuarenta y cuatro codos, medida humana que usan los ángeles. Las piedras de la muralla eran de jaspe y la ciudad de oro puro, parecido a vidrio claro.

Los pilares de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas: el primer pilar era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto y el duodécimo de amatista. Las doce puertas

son doce perlas, cada una de las puertas estaba hecha de una sola perla. La plaza de la ciudad era de oro puro como cristal transparente".

San Juan, al intentar describir la nueva Jerusalén, que le fue mostrada, literariamente, la presenta fabricada a base de piedras preciosas. Unos datos significativos en la descripción que hace el vidente Juan: ve la ciudad con una monumental muralla. Los muros de la ciudad de Jerusalén son famosos en toda la Biblia. Los muros de la nueva Jerusalén ya no son para proteger contra el enemigo –ya no existe–; ahora indican delimitación: es la ciudad de los bienaventurados. La ciudad santa tiene doce puertas: en cada una está grabado el nombre de una de las doce tribus de Israel. Tiene también doce pilares: cada uno lleva el nombre de uno de los Apóstoles. Las doce puertas –número que en el Apocalipsis indica totalidad– señalan que de todas partes del mundo se puede llegar a la nueva Jerusalén. Los nombres de las doce tribus de Israel y los nombres de los doce Apóstoles indican que los que allí habitan pertenecen tanto al pueblo de Dios, en el Antiguo Testamento, como al nuevo pueblo de Dios, en el Nuevo Testamento. Allí hay lugar para todos los de buena voluntad. Esa ciudad no es para los de una determinada raza, sino que tiene muchas puertas para poder llegar a ella. La salvación que Dios ofrece por medio de Jesús es para los hombres de todas las razas y naciones.

Cuando un ángel con vara de oro mide la nueva Jerusalén, se da cuenta que tiene la base cuadrada y mide lo mismo de largo que de ancho y alto. Es decir, tiene forma cúbica. El cubo, en la antigüedad, era considerado

como la forma perfecta. La nueva Jerusalén es la ciudad perfecta, que Dios ha ideado para sus hijos fieles. Esencialmente, lo que san Juan quiere dar a entender a las comunidades cristianas es que, humanamente, es imposible describir la nueva Jerusalén que le fue mostrada. Lo mismo experimentó san Pablo cuando tuvo una visión del cielo: terminó por decir: *"Ni ojo vio, ni oído escuchó, ni a nadie se le ocurrió lo que Dios tiene preparado para los que le aman" (1Co 2, 9).*

San Juan va a cerrar su mística descripción de la nueva Jerusalén –el cielo– con tres datos muy significativos: san Juan afirma que en su visión del cielo no vio ningún Santuario y que las puertas de esa ciudad no se cierran nunca pues allí no existe la noche. Además, allí no puede ingresar nada manchado.

El Santuario es un lugar reservado para el culto a Dios. Ahora, en el cielo, no se necesita ningún lugar reservado para Dios. Todo está inmerso en Dios. La presencia, "cara a cara", de Dios constituye el mismo cielo. Los santuarios, entonces, salen sobrando.

En las ciudades antiguas, las puertas de la ciudad se cerraban por la noche. No disponían de electricidad y las tinieblas favorecían el ataque imprevisto del enemigo. Ahora, ya no habrá más sol ni luna, porque serán eclipsados por el resplandor de Dios. Ya no habrá necesidad de cerrar las puertas, pues, las tinieblas habrán dejado de existir.

Pero Juan no quiere ilusionar vanamente a nadie. Como pastor que ha aprendido de Jesús a decir las cosas con claridad, Juan concluye recalcando que "nada man-

chado" podrá ingresar en la nueva Jerusalén, en la ciudad de Dios, en la ciudad santísima.

Mientras el vidente Juan tenía esta visión de la nueva Jerusalén, se encontraba en la soledad y la dureza del destierro, en la isla de Patmos. Mientras los cristianos escuchaban estas revelaciones acerca de la Nueva Jerusalén, la persecución inclemente del emperador Domiciano los hacía temblar y vivir marginados en la sociedad.

Mientras nosotros leemos estas revelaciones del Apocalipsis, somos peregrinos que avanzamos por el arduo camino de nuestro éxodo hacia la patria definitiva. Juan y los primeros cristianos, al meditar en estas revelaciones acerca de la Nueva Jerusalén, se sentían fortalecidos para continuar dando testimonio de Jesús en la Babilonia de su tiempo, en la Roma imperial. Nosotros, mientras vivimos en la Babilonia de nuestro tiempo –la ciudad secularizada– levantamos nuestra mirada hacia el cielo y recordamos lo que decía san Pablo: "Ni ojo vio, ni oído escuchó, ni nadie imaginó lo que Dios tiene preparado para los que lo aman" (1Co 2, 9).

En noches estrelladas, a san Ignacio de Loyola le gustaba subir a una terraza. Se quedaba mirando el firmamento y decía: "¡Que deleznable me parece la tierra, cuando contemplo el cielo!". Cuando a san Juan Bosco lo veían muy cansado por la dura labor apostólica, y le aconsejaban que descansara, él, con sentido muy práctico, contestaba: "¡Un pedazo de paraíso lo arregla todo!". La revelación del Apocalipsis acerca de la nueva Jerusalén nos obliga a levantar los ojos a Dios y a pensar que nuestro buen Padre, día a día, a través de todos los acontecimientos, nos va guiando para ingresar por alguna de las doce puertas de la ciudad santa.

22. ¡Ven, Señor Jesús!

Ya san Juan ha descrito externamente cómo vio la nueva Jerusalén. Ahora, en este último capítulo del Apocalipsis, va a compartir con las comunidades cristianas lo principalmente espiritual de la nueva Jerusalén: la esencia de la visión de Dios. También aquí, el vidente tiene que valerse de imágenes para poder expresar, en alguna forma, lo que humanamente no se puede traducir, concretamente, a nuestro lenguaje. Es algo muy esperanzador lo que san Juan expone:

Ap 22, 1-5:

La nueva Jerusalén por dentro

"El ángel del Señor me mostró el río de agua viva, luciente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. A mitad de la calle de la ciudad, a ambos lados del río, crecía un árbol de la vida; da doce cosechas, una cada mes del año, y las hojas del árbol sirven de medicina para las naciones. Allí no habrá ya nada maldito. En la ciudad estarán el trono de Dios y el del Cordero, y sus siervos le

prestarán servicio, lo verán cara a cara y llevarán su nombre escrito en La frente.

Ya no habrá más noche, ni necesitarán luz de lámpara o del sol, porque el Señor Dios irradiará luz sobre ellos, y reinarán por los siglos de los siglos".

En el primer libro de la Biblia, el Génesis, aparece un río (Gn 2, 10) que riega todo el jardín. En el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, se menciona también otro río, pero con una gran diferencia: el río de la nueva Jerusalén es un río de "agua viva". El "agua viva", en el evangelio de san Juan, significa la vida de Dios que se le comunica al hombre. A la mujer samaritana, Jesús le ofrece "agua viva" para la vida eterna (Cf. Jn 4, 14). El mismo Jesús afirma: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba..., del interior del que cree en mí brotarán ríos de agua viva" (Jn 7, 37b-38). El mismo san Juan explica que, en esta oportunidad, Jesús se refería al Espíritu Santo.

Ese "río de agua viva", que se menciona en la nueva Jerusalén, para muchos de los Santos Padres es el Espíritu Santo. El texto dice que el río de la nueva Jerusalén brota del trono de Dios y del Cordero. Aquí, entonces, está presentada la Santísima Trinidad. El cielo consiste en gozar de la plenitud de la Santísima Trinidad.

En el primer libro de la Biblia, se habla de un árbol cuyo fruto prohíbe comer, pues ese árbol representa lo pecaminoso, lo que va contra el plan de Dios. Los primeros seres humanos comieron de ese fruto y el pecado ingresó en sus corazones y en el mundo para perdición. En el último libro de la Biblia, también se afirma que

hay un árbol que da frutos cada mes. De este árbol no se prohíbe comer; todo lo contrario: ese árbol es símbolo del fruto del Espíritu Santo, que, esencialmente, se manifiesta en amor. De él gozan en plenitud los bienaventurados del cielo.

A algunos comentaristas les extraña que se afirme que las hojas de este árbol de la nueva Jerusalén "sirvan de medicina". Se preguntan ¿quién puede estar enfermo en el cielo? Por eso, varios comentaristas creen que, más que medicina, las hojas de este árbol son signo de salud: la eterna salud de la que gozan los bienaventurados.

Una característica esencial de los santos del cielo, en la nueva Jerusalén, la anota san Juan cuando afirma que se le reveló que los santos "verán cara a cara a Dios". Dice san Pablo que Jesús es la "imagen visible del Dios que no vemos" (Cf. Col 1, 15). El mismo san Pablo asegura: "*Al presente, vemos como en un mal espejo y en forma confusa, pero entonces será cara a cara*" (1Co 13, 12).

Esto nos hace recordar lo que le sucedió a Moisés. La Biblia afirma que Moisés hablaba cara a cara con Dios, como con un amigo (Ex 33). Ese "cara a cara", aquí, indica una comunión muy íntima con Dios. Lo cierto es que cuando Moisés le pidió a Dios ver su rostro, el Señor le respondió que por ser humano no le era posible, pero que lo vería "de espaldas". Ese ver a Dios "de espaldas", aquí, denota una experiencia profunda de Dios que se le concedió a Moisés. Cuando el Apocalipsis afirma que los santos del cielo ven cara a cara a Dios, está poniendo de relieve lo que los teólogos llaman la "visión beatífica". Ya no se ve a Dios como a través de

un rudo espejo, ni de espaldas: ahora, los santos gozan de la presencia del rostro de Jesús glorificado, que es la imagen visible de Dios.

Después de haber compartido con las comunidades cristianas estas revelaciones acerca de la ciudad santa, san Juan procede a comunicar algunas instrucciones que le dieron con respecto a la revelación recibida en visiones:

Ap 22, 6-11:

"No selles el mensaje profético"

"(El ángel) me dijo: 'Estas palabras son ciertas y verdaderas. El Señor Dios, que inspira a los profetas, ha enviado su ángel para que mostrara a sus siervos lo que tiene que pasar muy pronto. Mira, vendré enseguida. Dichoso quien hace caso del mensaje profético contenido en este libro'.

Soy yo, Juan, quien vio y oyó todo esto. Al oírlo y verlo caí a los pies del ángel que me lo mostraba, para rendirle homenaje, pero él me dijo: 'No, cuidado, yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas y de los que guarden las palabras de este libro. Adora a Dios'.

El me dijo: 'No selles el mensaje profético contenido en este libro, que el momento está cerca. El injusto, que cometa aún injusticias, el sucio, que se manche aún más; el justo, que sea practicando la justicia; y el santo, santifíquese más'".

El ángel, de parte de Dios, viene a decirle a Juan que tenga plena confianza en estas revelaciones porque "son ciertas y verdaderas". Fueron inspiradas por Dios, por

el mismo Espíritu Santo que inspiró a los profetas. Todos deben conocer estas revelaciones porque todo tiene que cumplirse "muy pronto".

Con respecto a este "muy pronto", la Biblia de Navarra lo explica así: "En cuanto a la prontitud con que todo va a ocurrir, hay que tener en cuenta que la noción del tiempo en la Sagrada Escritura, y en especial en el Apocalipsis, no coincide exactamente con la nuestra, pues tiene un valor más cualitativo que cuantitativo. En este sentido podemos decir que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día (2P 3, 8). Es decir, al señalar que algo ocurrirá en seguida, no se quiere precisar una fecha inmediata, sino sencillamente que ocurrirá, e incluso que, en cierto sentido, está ya sucediendo. Por último, se debe considerar que la proximidad de los hechos anunciados fortalecía a cuantos sufrían persecución y les llenaba de esperanza y de consuelo". Esta idea con respecto al tiempo bíblico es preciso captarla muy bien porque varias veces, en este capítulo, se habla de que pronto se va a cumplir lo que se está revelando.

Además, se afirma que será dichoso, bendecido, al que guarde las palabras de este "mensaje profético". Aquí se habla de una profecía. La bienaventuranza será, no para el que conozca este libro, sino para el que viva en actitud de confianza en lo que este libro enseña: que por sobre todas las cosas y los poderes demoníacos, está la suprema voluntad de Dios que todo lo va llevando para que se cumpla su plan de amor para sus hijos los hombres. Esta debe ser la actitud del cristiano: esperar contra toda esperanza, basado en lo que Dios ya le ha revelado en este libro profético.

Inmediatamente, Juan se apresta a dar testimonio de que todas estas revelaciones no son producto de su fantasía, sino de la relación de Dios. Juan afirma que él mismo "vio y oyó" lo que comunica. Esta manera de expresión es muy usual en san Juan para expresar su experiencia personal. "Hemos visto y oído" (Cf. 1Jn 1, 1-3) es la forma de testificar de Juan acerca de su experiencia con respecto a la resurrección de Jesús. De esta manera, Juan da testimonio de que él tuvo la experiencia de esta revelación divina.

Una orden tajante que se le da a Juan es que "no selle" este libro. Anteriormente, en el capítulo décimo ante la voz de los siete truenos, Juan se disponía a escribir lo que había escuchado. Pero en esa ocasión se le prohibió escribir. Ese mensaje todavía no debía ser divulgado. Tenía que quedar sellado, oculto. Ahora en cambio, se le ordena no sellar, sino difundir a todos la revelación que se le está proporcionado.

Esto nos debe cuestionar seriamente acerca de algo muy lamentable en nuestra Iglesia. El Apocalipsis es un libro poco difundido y comentado. Se podría decir que es un libro arrinconado. Pero la orden de Dios a Juan por medio de un ángel, es que se difunda a todos el mensaje de este libro. Esta orden de Dios no ha sido cumplida como el Señor ha ordenado.

Algo que ha desconcertado a muchos es lo que dice el ángel acerca de que el injusto siga cometiendo injusticias y que el santo se siga santiticando (v. 11). Uno de los antiguos comentaristas del Apocalipsis, Andrés afirma que lo que Jesús quiere decir es lo siguienté: "Que cada hombre actúe según su beneplácito. Yo no

haré nada por forzarlo". En efecto, Jesús sólo invita, no violenta a nadie. Respeta la libertad que nos dio. En el mismo libro del Apocalipsis, anteriormente, Jesús, sólo toca a la puerta del corazón (Cf. Ap 3, 20), no derriba la puerta a la fuerza.

Mientras los de la comunidad reciben estas revelaciones, que Juan les comparte, experimentan que Jesús resucitado está entre ellos, y escuchan la voz del Señor que les dice.

Ap 22, 12-16:

Mi salario

> "Mira, que llego en seguida y traigo conmigo mi salario para pagar a cada uno su propio trabajo. Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo, el principio y el Fin.
>
> Dichosos los que lavan su ropa, para tener derecho al árbol de la vida, y poder entrar por las puertas de la ciudad. Fuera los perros, los hechiceros, los lujuriosos, los asesinos, idólatras y todo el que ama y práctica la mentira.
>
> Yo, Jesús, les envío mi ángel con este testimonio para las Iglesias. Yo soy el Retoño y el Vástago de David, la Estrella luciente de la mañana".

Con mucha devoción y fe, los que han recibido las revelaciones hechas a Juan, ahora comienzan a escuchar al mismo Jesús que les habla. Les garantiza que llegará para dar a cada uno su "salario". Muchas veces, en la Biblia, se habla de la recompensa que Dios dará a los buenos. Jesús asegura que hasta un vaso de agua que se haya dado al necesitado, tendrá su recompensa (Mc 9, 41).

En la parábola de los talentos, Jesús se retrata premiando al que ha multiplicado debidamente sus talentos. Todo esto lo garantiza Jesús, presentándose como el Alfa y la Omega: la primera y la última letra del alfabeto griego, lengua en la que escribe san Juan. Jesús con esta expresión quiere autopresentarse como el Señor de señores.

Jesús, también, va a proclamar dichosos a los que pueden ingresar por alguna de las doce puertas de la nueva Jerusalén. Al mismo tiempo que anuncia la bienaventuranza de los que ingresarán al cielo, pone muy en claro que solamente podrán entrar, si, previamente, han limpiado sus vestiduras. Este dato de Jesús nos conecta con lo que anteriormente se había apuntado en el capítulo séptimo. Cuando Juan ve una multitud ante el trono con túnicas blancas, un anciano le comenta que son los que "han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero" (Ap 7, 14b). Condición indispensable para ingresar en el cielo: haber aceptado con fe el valor purificador de la sangre de Cristo, su Redención. Hay que tomar en cuenta algo más: aquí se especifica que "los que laven sus vestiduras" podrán ingresar en la ciudad santa. Este dato es importante. Jesús derrama su sangre por todo el mundo; pero las vestiduras hay que lavarlas "personalmente". Nadie puede lavar mi vestidura en lugar mío. La aceptación, por la fe, de la redención, que Jesús me ofrece, debe ser aceptada personalmente.

Jesús para ratificar lo que ha asegurado, se presenta como "el Vástago de David" y la "Estrella luciente de la mañana". Isaías había anunciado al Mesías como el Vástago de David (Is 11, 1). En el libro de los Números, se habla también del Mesías como de una "Estrella que

saldrá de Jacob" (Nm 24, 17a). Aquí, Jesús se muestra como en quien se han cumplido a plenitud las profecías que lo anunciaban como el Ungido de Dios.

Ante todo esto, la comunidad va a prorrumpir en un llamado urgente a Jesús para que venga cuanto antes:

Ap 22, 17-21:

¡Ven, Señor Jesús!

> "El Espíritu y la novia dicen: '¡Ven!'.
>
> El que lo oiga que repita: ¡Ven! El que tenga sed y quiera, que venga a beber de balde el agua viva. A todo el que escucha la profecía contenida en este libro, le declaro: 'Si alguno añade algo, Dios le mandará las plagas descritas en este libro. Si alguno suprime algo de las palabras proféticas escritas en este libro, Dios lo privará de su parte en el árbol de la vida y en la ciudad santa, descritos en este libro". El que se hace testigo de estas cosas dice: 'Sí voy a llegar enseguida'. ¡Amén! Ven, Señor Jesús.
>
> La gracia del Señor Jesús esté con todos ustedes. ¡Amen!".

La comunidad, que ha estado recibiendo estas revelaciones de Dios por medio del apóstol Juan en este momento, es guiada por el Espíritu santo para que ore diciendo: "¡Ven!". Aquí se comprueba lo que afirma san Pablo en su Carta a los romanos: nosotros no sabemos qué pedir, y cómo pedir y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; más el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables (Cf. Rm

8, 26). El Espíritu Santo es el que va conduciendo a la comunidad para que, después de escuchar promesas tan bellas para los que salgan vencedores, griten al unísono: "¡Ven!". Todos quieren que se adelante ese momento sin igual de estar ante el trono del Padre y del Cordero, gozando de las promesas de Dios para los que permanezcan fieles.

La segunda venida de Jesús nunca debe ser motivo de miedo: en algunas prédicas acerca de la segunda venida del Señor, como que se tiende a asustar a la gente, más que a llenarla de esperanza.

Santa Teresa, muy bellamente, escribió: "Será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados de quien habremos amado sobre todas las cosas. Seguros podemos ir con el pleito de nuestras deudas. No será ir a tierra extraña, sino propia; pues es la de quien tanto amamos y nos ama" (*Camino de perfección*).

Ante esta súplica de la comunidad, Juan, como buen pastor, siente la necesidad de intervenir para animar a todos a "tener sed" de las cosas de Dios y para acercarnos al río de agua viva, la salvación.

Al iniciar este capítulo, Jesús proclama "bienaventurado" al que "guarde" este mensaje profético. Al finalizar, es Juan el que advierte que las "maldiciones" de Dios van a recaer sobre el que intente "añadir" o "quitar" algo de este mensaje revelado. Aquí se hace una alusión muy concreta a la "manipulación de la Biblia". La Biblia es un mensaje de Dios: no debemos manipularlo a nuestro antojo. Puede traernos maldición, si torcemos su sentido. Bien lo advertía san Pedro, cuando escribió, con

respecto al mal uso que hacían algunos de las Escrituras: "Hay en ellas pasajes difíciles, que esos ignorantes e inestables tergiversan... para su propia ruina" (2P 3, 16).

En el Apocalipsis, san Juan les advierte a las comunidades cristianas que el mal empleo de la Biblia puede privar a las personas de tener parte en la vida eterna.

Este esperanzador libro del Apocalipsis va a cerrarse con un diálogo entre Jesús y la comunidad, que ha escuchado la revelación. Jesús, antes de concluir la revelación de la Biblia, se presenta como el que avala como testigo la veracidad de todo el mensaje. Además, le promete a la comunidad que llegará pronto. Toda la comunidad estalla en un solo ruego, que dice: "Amén. ¡Ven, Señor Jesús!".

Después de todo lo que se le ha revelado a la comunidad acerca del presente y del futuro; después de que ha apreciado cuadros de terror y visiones celestiales, Jesús mismo pone broche de oro a estas revelaciones, prometiendo que regresará pronto. El libro del Apocalipsis, por eso, no es un libro que infunde miedo, sino esperanza a los que están invadidos por el temor de todos los acontecimientos inexplicables y críticos de la vida. Un cristiano que desconozca esta revelación, corre el riesgo de vivir como un derrotado en medio de las tribulaciones que nos circundan en nuestro peregrinaje a través de la vida. El cristiano, conocedor de la revelación del Señor, no se amedrenta ante las fuerzas diabólicas, que se desatan en momentos determinados de la historia, pues sabe que por encima de todo está la Providencia de Dios, que protege a sus hijos y que les ha abierto una puerta en la nueva Jerusalén para que, un día, puedan unirse al coro de los que

con sus túnicas blancas no terminan de alabar y bendecir las grandezas de Dios.

En toda Eucaristía, nosotros somos como la comunidad de san Juan que al escuchar las revelaciones de Dios, nos sentimos impulsados a gritar con gozo: "¡Ven, Señor Jesús!". Ese grito de esperanza debe brotar de lo profundo del corazón, testificando que creemos que Jesús es el Señor de la historia, el Alfa y la Omega. Que creemos, firmemente, que *todo resulta para bien de los que aman a Dios* (Rm 8, 28).

Conclusiones

Después de haber leído y comentado el Apocalipsis, es posible que nuestra mente haya quedado como saturada con la superabundancia de imágenes impresionistas y de impactantes escenas. Es por eso muy útil tratar de hacer una pequeña síntesis de lo que, en resumidas cuentas, nos quiere enseñar el libro del Apocalipsis por medio de este mosaico de figuras literarias y visiones de todo tipo, que san Juan nos expone.

El libro del Apocalipsis, no más al iniciar, promete una "bienaventuranza", una bendición especialísima, para el que escucha y vive según el mensaje de este libro (Ap 1, 3). ¿Qué es lo esencial de este mensaje que debemos "vivir" para hacernos sacerdotes de la "bienaventuranza" que se promete? Lo podríamos resumir en unos cuantos puntos que deberían ser para nosotros como una brújula en nuestro peregrinar por este mundo.

1. La historia está en manos de Jesús

Hay una escena del Apocalipsis en la que san Juan está llorando porque le han presentado un libro sellado

y nadie puede romper los siete sellos de ese libro. Uno de los veinticuatro ancianos le dice a Juan que no debe seguir llorando, pues ya se ha presentado el que puede romper los sellos del libro. En ese momento aparece un Cordero de pie ante el trono de Dios. En el Cordero se ven las cicatrices de su sacrificio, pero, ahora, está nuevamente de pie. El Cordero que ha sido degollado y que de nuevo está en pie, es Jesús muerto y resucitado. El es el que puede romper los siete sellos del libro "ultra-secreto" del destino de la humanidad. Por eso toda la corte celestial se postra ante Jesús y lo alaban porque es digno de romper los sellos del libro misterioso de Dios (Cf. Ap 5, 4-10).

La historia de la humanidad no es como una barca a la deriva. Dios tiene en sus manos los misteriosos hilos de la historia. Por medio de Jesús nos va llevando para que la historia de la salvación se vaya desarrollando para el bien de sus hijos, los hombres de buena voluntad.

Para nosotros la historia es un libro misterioso, "ultra-secreto". Nos hace llorar. Pero para Jesús la historia es un libro abierto. Todo está planificado hasta en sus mínimos detalles. No hay motivo para el pesimismo, porque estamos en manos de Jesús. Bien decía san Pablo: "*Todo resulta para bien de los que aman a Dios*" (Rm 8, 28). Cuando amamos a Dios, podemos estar seguros que todo lo bueno y malo que suceda el Señor lo convertirá en una bendición para nosotros.

2. El diablo ya está, esencialmente, vencido

Con la Encarnación de Jesús y luego con su resurrección se inició el tiempo en que el diablo ha sido encadenado por "mil años", por un tiempo larguísimo. Su poder, ahora, es limitado (Ap 20, 2).

El Apocalipsis muestra al diablo como un gran "dragón rojo" con siete cabezas y diez diademas; es decir, con mucho poder e influjo a nivel mundial. Con él colaboran dos bestias: una que sale del mar y otra que sale de la tierra. La primera bestia es el Anticristo. La segunda bestia es el "falso profeta", cuya misión es promocionar al Anticristo. A las dos bestias el gran dragón –el diablo– les ha dado grandísimo poder. Hay una escena en que san Juan ve que de la boca del dragón y de las dos bestias salen tres ranas (Ap 16, 13). Muy significativo. Las ranas, al intentar croar, hacen mucha bulla, pero nunca logran cantar como los pájaros. El diablo y sus secuaces hacen muchos aspavientos, pero no logran competir con el poder de Dios. Saben que están derrotados por la muerte y resurrección de Jesús. Les queda poco tiempo.

El cristiano está plenamente convencido de que con la sangre del Cordero –la sangre de Jesús– está plenamente protegido. El diablo es un perro encadenado a la cruz de Cristo. Ladra mucho para asustar, pero, en realidad, sólo se puede mover en el espacio que le permite la cadena que lo ata a la cruz de Cristo.

El Apocalipsis no tiene la intención de exhibir al diablo como el protagonista de la historia. El dueño de

la historia, el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin de todo, sólo es Jesús. El es el Rey de reyes y Señor de señores.

3. Jesús continúa presente en medio de su Iglesia para guiarla y ampararla

Antes de ascender al cielo, Jesús les prometió a sus discípulos: "*Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*" (Mt 28, 20).

En el Apocalipsis, san Juan expone una de sus visiones, que tuvo un domingo. Vio a Jesús resucitado que se paseaba entre siete candelabros de oro. Los ojos de Jesús eran de fuego. De su boca salía una espada de dos filos. Jesús estaba vestido como el Sumo Sacerdote. En su mano derecha Jesús tenía siete estrellas (Cf. Ap 1, 10-16).

Estos siete candelabros representan a las varias comunidades reunidas en nombre de Jesús. Son como en medio de la oscuridad. Jesús se pasea en medio de los que están reunidos en su nombre. Sus "ojos de fuego" todo lo ven: las angustias y alegrías de las comunidades. Jesús continúa hablando a la Iglesia por medio de su Palabra, que es "espada de doble filo" (Hb 4, 12), que sale de su boca. Jesús en medio de la comunidad es el Sumo Sacerdote: todos los demás participamos del sacerdocio de Jesús, en el culto de alabanza –la Eucaristía–, que celebramos en la asamblea dominical. En su mano Jesús tiene siete estrellas: son los dirigentes de la Iglesia. El Señor los cuida de manera especial, pues son sus principales representantes aquí en la tierra.

Esta visión de san Juan hace resaltar, gráficamente, la presencia actual de Jesús resucitado en medio de su Iglesia. Jesús cumple su promesa de estar en su Iglesia "todos los días hasta el fin del mundo".

4. Jesús va guiando a su Iglesia hacia la nueva Jerusalén

Toda la misteriosa historia de la humanidad se orienta hacia la nueva Jerusalén, el lugar que Dios tiene preparado para los que le aman. Para los que al ser juzgados, podrán presentarse con sus obras de fe en Jesús.

En una visión, a san Juan se le revela que en la nueva Jerusalén "*ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor*" (Ap 21, 4). Además, estarán el río de "agua viva" y el "árbol de la vida", símbolos de la vida de Dios que se comunica a los bienaventurados del cielo.

El cristiano, por eso, camina con los pies bien puestos sobre la tierra —nada de evasionismo— y con la mirada puesta en el cielo para decir como san Pablo:

"*Ni ojo vio ni oído escuchó, ni nadie imaginó lo que Dios tiene preparado para los que le aman*" (1Co 2, 9).



Estas fueron las ideas centrales que san Juan compartió en el Apocalipsis con los cristianos de finales del primer siglo, que estaban desanimados por la terrible persecución del emperador Domiciano, y por las herejías y divisiones que comenzaban a aparecer en la Iglesia.

Este libro, seguramente, los llenó de confianza en las promesas de Jesús y en el futuro de su Iglesia.

A nosotros, que vivimos en tiempos también apocalípticos, estas ideas centrales del Apocalipsis deben llenarnos de confianza en la historia de Dios, nuestra historia. Deben liberarnos de todo pesimismo, y al mismo tiempo, renovar nuestra confianza en las promesas de Jesús: "*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*" (Mt 24, 35). "*Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*" (Mt 28, 20). El cristiano, que vive con estas ideas clave del Apocalipsis, ciertamente, tendrá la "bienaventuranza" que el mismo libro promete para el que lee y guarda el mensaje de esta revelación.

Indice